XIPE-TOTEK

REVISTA TRIMESTRAL, del Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, A.C.
y del Centro de Reflexión y Acción Social, A.C.

Vol. I, No. 2, 30 junio (abril-junio) 1992 No. PUBLIC. 2 Guadalajara, México.

- EXPERIENCIA
- FILOSOFIA
- BIBLIA
- TEOLOGIA
- HISTORIA
- MAGISTERIO

EL DIABLO
2ª PARTE

ARTICULOS CONFERENCIAS ANALISIS

$10 mil pesos

VOL. I NO. 2 JUNIO 1992 NO. PUBLICACIÓN 2

INDICE

Aguila Blanca 82

EL DIABLO

El Diablo: poder que engaña y mata, en la enseñanza de la Iglesia 83
Luis García Orso, SJ

Las estrategias del buen y del mal espíritu en nuestras vidas 98
Víctor Verdín, SJ

Kierkegaard y las mociones de los espíritus 115
Jorge Manzano, SJ

RECENSIÓN DE LIBROS:

El negocio de los ilegales. Ganancia para quién! 147
de Juan Luis Orozco, SJ
Jean Revel- Mouroz

EL V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA, LA REVISTA XIPE-TOTEK Y EL GRUPO DE DANZA AZTECA XIPE-TOTEK.

En el número anterior explicamos el significado de Xipe-Totek. Ahora narramos cómo llegamos a ese nombre. En 1991 tuvimos un ciclo de conferencias titulado *¿Descubrimiento o Encubrimiento? 500 años de confusión*, que publicaremos pronto. Una de esas veladas vivió un evento de teatro, música y danza, en que brilló el grupo de jóvenes tapatíos *Danza Azteca Xipe-Totek*, quienes generosamente nos dieron licencia de usar su nombre. Ejecutan danzas antiguas originales; algunas tan difíciles y asombrosas, como *Aguila Blanca* y, la *Danza del Fuego*, que necesitan concentración muy alta, según respondieron. Quizá se trate de la concentración, o trance, descrita en el primer número de nuestra revista (artículo segundo).

Hoy describimos la danza *Aguila Blanca (Iztacuauhtli)*. Hay dos danzantes, el Aguila y el Guerrero. El pueblo eligió al Guerrero, y le confía sus oraciones y ofrendas para que las entregue al Aguila, quien a su vez las llevará al Creador. El Aguila es muy importante, pues es el único ser que puede ver de frente a nuestro padre el sol. En el momento cumbre de la danza, el Aguila acepta llevar la oración del pueblo, y para indicar su aceptación se posa en el pecho del Guerrero. El Aguila levanta el vuelo hacia el Creador, y el Guerrero eleva las manos en señal de gratitud.

La Redacción.

EL DIABLO: PODER QUE ENGAÑA Y MATA, EN LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA.

Luis García Orso, S.J.

Me parece que son tres las cuestiones que captan nuestro interés: ¿existe el diablo?, ¿qué realidad es? y ¿cuál es su actuación propia?

Aun a sabiendas de que puedo quitarle a este tema su encanto y su misterio, adelanto ya las respuestas: para la enseñanza de la revelación cristiana y de la Iglesia, el diablo existe y es una creatura espiritual que pretende engañar al ser humano para apartarlo del camino de Dios. Creo que la enseñanza de la Iglesia es así de sencilla y así de seria, aunque en la historia antigua y reciente haya habido -y seguirá habiendo- exageraciones, deformaciones, omisiones y especulaciones sobre Satán y los demonios, fruto más de nuestra incapacidad al tratar de acercarnos a realidades que nos sobrepasan, y de nuestra comprensión condicionada por las culturas de cada tiempo histórico.

En esta charla intentaremos presentar lo que el magisterio oficial de la Iglesia ha dicho sobre el diablo. (Sobre lo que aparece en la Sagrada Escritura ya hubo aquí una exposición). Pero hay una nota previa que compete tanto a la revelación como al magisterio, y que pienso a veces olvidamos: ángeles y demonios no están en el centro de la Revelación, y sólo pueden entenderse dentro del misterio de Cristo y de la salvación de Dios, como la realidad fundante que toma toda nuestra vida. Como creyentes tratamos de vivir a Cristo como lo primero y lo último de nuestra vida y de nuestra historia, y tratamos de colaborar para que el reinado de Dios sea cada vez más una realidad patente en nuestro mundo. La verdad sobre ángeles y demonios nos ayuda a comprender que el Reino de Dios es una realidad mayor que nosotros, más amplia que lo visible para los seres humanos. Y que hay otros seres espirituales que ayudan o atacan a la obra del Reino, a la misma obra que el Señor quiere hacer con nosotros y en nosotros.

Vamos, pues, a ver la existencia, realidad y actuación del diablo, tal como lo

propone la enseñanza de la Iglesia.

Pero recordamos que esta enseñanza oficial se da de dos modos diferentes y con implicaciones diferentes para los creyentes: uno es el Magisterio extraordinario del Papa y los Concilios que define los dogmas que estamos obligados a creer como católicos, y otro es el Magisterio Ordinario del Papa y los Obispos que con su autoridad propia nos enseñan y orientan, por ejemplo, en exhortaciones pastorales, catequesis, homilías, cartas, etc. Recorro ahora, por separado, ambas enseñanzas.

DECLARACIONES DEL MAGISTERIO EXTRAORDINARIO.

Se llama Magisterio Extraordinario las decisiones de fe de Concilios Ecuménicos y las proclamaciones doctrinales -sobre fe y costumbres- de los Papas cuando hablan *ex cathedra*. Es decir declaraciones solemnes e infalibles que piden el asentimiento de fe de todo católico; por ejemplo: que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, que Jesucristo está realmente presente en la eucaristía, etc. Son las verdades de fe que llamamos dogmas.

Ahora bien, la existencia del diablo nunca ha sido objeto formal de una definición dogmática, sencillamente porque el diablo no es el objeto de nuestra fe, sino Dios y su plan de salvación sobre nosotros como cristianos. Le entregamos nuestra fe a Dios, no al diablo. El dogma siempre apunta a Jesucristo y pide nuestra entrega a El.

A este respecto son iluminadoras las palabras del Papa Juan Pablo II en la audiencia del 9 de julio de 1986. Dice así: "La referencia al primado de Cristo nos ayuda a comprender que la verdad acerca de la existencia y la acción de los ángeles (buenos y malos) no constituye el contenido central de la Palabra de Dios... La profunda verdad tanto de Dios como de la salvación de los hombres es el contenido **central** de la Revelación, que resplandece más plenamente en la persona de Cristo (cfr. Dei Verbum, 2). La verdad sobre los ángeles es, en cierto sentido, **colateral**, y no obstante inseparable de la revelación central, que es la existencia, la majestad y la gloria del Creador, que brillan en toda la creación (visible e invisible) y en la acción salvífica de Dios en la historia del hombre". Ojalá estas conferencias nos ayuden a centrar nuestra fe, y a no tener más interés por Satanás que por Dios y su Buena Nueva ofrecida en Jesucristo.

Ahora bien, aunque Satán no sea objeto de definición dogmática son nume-

rosas las fórmulas doctrinales de concilios locales y ecuménicos y los documentos del magisterio que mencionan al diablo y dan por supuesta su existencia. Y esto, por tanto, no puede pasarse por alto. Pero al atender a las declaraciones doctrinales es necesario atender a la **intención** del Papa o del concilio cuando hacen una formulación dogmática, de manera que no vayamos a desviar el objeto de nuestra confesión de fe. (Ya en 1973, la Congregación de la Fe repetía esta necesidad de atender a la *intención doctrinal*).

Así pues, la Iglesia ha tenido que pronunciarse en repetidas ocasiones frente a determinadas corrientes heréticas que, o bien hacían a Dios creador del mal, o atribuían al mal a un principio eterno malo, es decir, a otro dios. Así aparece ya en el siglo V, quizá contra los priscilianistas, en los *Statuta ecclesiae antiquae*, que piden que el obispo antes de ser consagrado afirme que el diablo no es malo por naturaleza, sino en virtud de su propia decisión libre. Esta fórmula fue literalmente asumida en la confesión de fe impuesta por Inocencio III, el año 1208, a los valdenses convertidos. Se trataba, pues, de respetar la confesión de fe en Dios Creador. Como ha dicho Juan Pablo II: "En la raíz (del problema del sufrimiento y del mal) no está una decisión errada o mala de Dios, sino su opción y, en cierto modo, su riesgo de crearnos libres para tenernos como amigos" (O.R., 24 ago. 1986).

Contra un dualismo antibíblico, en que se creyera en un principio eterno del mal, como lo creían los cátaros o albigenses y, al parecer, también los valdenses, se dirige la confesión de fe del Concilio Lateranense IV, del año 1215. El pasaje de esta confesión sigue siendo hoy la declaración básica del magisterio con respecto al diablo. Y dice así: "Firmemente creemos y simplemente confesamos que uno solo es el verdadero Dios... creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, espirituales y corporales; que por su omnipotente virtud a la vez desde el principio del tiempo creó de la nada a una y a otra creatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana, y después la humana, como común, compuesta de espíritu y cuerpo. Porque el diablo y demás demonios, por Dios ciertamente fueron creados buenos por naturaleza; mas por ellos mismos se hicieron malos". (Dz. 428). Esta misma confesión fue recogida literalmente por el Concilio Vaticano I, el año 1870, en su constitución dogmática sobre la fe católica. (Cf. Dz. 1783).

Como vemos, el Concilio da por supuesta la existencia de creaturas espirituales - ángeles y demonios-, y en su intención doctrinal la definición solemne de fe sólo quiso decir que **todo** cuanto existe ha sido creado por Dios; no existen, por tanto, dos principios o creadores, uno bueno y otro malo, como decían los cátaros,

siguiendo presupuestos iranios. Y el mal finito lo es en virtud de una decisión libre de la creatura (en este caso los ángeles rebeldes ante Dios).

Cuando nuestra mirada humana puede hacerse muy corta, casi miope, al considerar sólo lo que vemos, palpamos, manipulamos, el Concilio de Letrán abre nuestra visión, la extiende más allá de nuestra humanidad, y nos presenta la existencia de creaturas invisibles y espirituales salidas también de las manos de nuestro Creador. Lo confesamos cada domingo cuando decimos: "Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible". Mirada cósmica, universal, que nos lleva a reconocer a un solo Dios y Padre, y en él a su Hijo, Jesucristo, por quien fue creado todo y para quien también todo fue creado, para que El sea el primero en todo (cfr. Col. 1, 15-20). Si nuestra consideración sobre ángeles y demonios, así como todas las demás creaturas, no nos lleva a poner verdadera y efectivamente a Jesucristo como lo más importante de nuestra vida, entonces sólo estamos perdiendo el tiempo; más aún, estamos perdiendo a Aquel que le da todo el sentido a nuestra existencia.

El diablo no vuelve a aparecer en el magisterio extraordinario de la Iglesia sino hasta el Concilio Vaticano II y muy de pasada: dos veces para afirmar lo que el demonio provoca en el hombre: abuso de la libertad y engaño (cfr. G.S. 13 y L.G. 16); y cinco ocasiones en que hablando de la obra redentora de Cristo se incluye el ser liberados los hombres del poder y de la esclavitud de Satanás (cfr. G.S. 13 y 22, S.C. 6, A.G. 3 y 9).

Como vemos por este recorrido sintético, la fe en la existencia del diablo y de los demonios nunca ha sido objeto de una declaración explícita y obligatoria **dogmáticamente** del magisterio extraordinario de la Iglesia. Y pienso que no podría ser de otra manera ya que la fe es una virtud teologal que tiene sólo a Dios como su objeto. En caso de los demonios, la Revelación se encuentra con una realidad existente a la que trata de darle un significado dentro de la historia de la salvación.

Por tanto no se niega la existencia de Satán y los demonios, esas creaturas personales, espirituales e invisibles, pero quedan también sujetas a la victoria salvadora de Jesucristo. Esto aparece más claro en las enseñanzas del **Magisterio Ordinario** de la Iglesia, es decir, en la enseñanza unánime del colegio de los Obispos en comunión con el Papa y en el ejercicio de su misión pastoral normal; enseñanza que no pone en juego la infalibilidad de la Iglesia, pero que pide de nosotros un asentimiento intelectual interno y un religioso respeto (L.G. 25), mientras no se enseñe otra cosa.

Ahora bien, es un hecho indiscutible que la Iglesia católica, a lo largo de toda su historia, ha hecho de la existencia y de la actuación de Satán y de los demonios objeto de su predicación de la fe, y que las demás Iglesias cristianas han estado de acuerdo con la católica en este punto.

Pero también hay que decir que a partir del Vaticano II este tema se ha reducido notablemente, sobre todo para centrar correctamente el misterio de Cristo y de la salvación y la conciencia y vida de la Iglesia. En algunos casos ha habido aun correcciones a lo establecido antes por la Iglesia; por ejemplo, el rito del Bautismo post-Vaticano elimina las oraciones aquellas en que se conjuraba a Satanás para que saliera de la creatura.

PAULO VI Y JUAN PABLO II

El magisterio ordinario de la Iglesia más reciente sobre nuestro tema lo tenemos en algunas alocuciones de los Papas Paulo VI y Juan Pablo II. Sus enseñanzas merecen toda nuestra atención y consideración, aunque no sean declaraciones dogmáticas.

El Papa Paulo VI tuvo dos alusiones sobre el diablo en 1972. En la homilía del 29 de junio, con ocasión de la fiesta de San Pedro y San Pablo, dijo: "Cierta cosa preternatural ha venido al mundo para turbar, para sofocar los frutos del Concilio ecuménico y para impedir que la Iglesia irrumpa en el himno de gozo de haber recibido de nuevo con plenitud la conciencia de sí misma... Su nombre es el diablo" (O.R. 30 de jun. 1972).

Y en el discurso del Papa a los peregrinos el 15 de noviembre dice: "Una de las necesidades mayores (de la Iglesia) es la defensa de aquel mal que llamamos el demonio" "El pecado... es, a su vez, ocasión y efecto de la intervención en nosotros y en nuestro mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es, pues, tan solo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y corruptor. Terrible realidad. Misteriosa y temible". Más adelante, en su discurso reconoce Paulo VI que sabemos poco de aquel mundo misterioso del ejército de los demonios, que no tenemos ningún indicio seguro de la acción real del diablo en el mundo, y que sólo podemos suponer su acción, sobre todo allí donde predomina la negación de Dios, la mentira, el egoísmo brutal. Nótese, pues, la sobriedad y el cuidado del Papa al hablar de esta *realidad misteriosa* de la que *poco* sabemos.

Juan Pablo II, en sus audiencias de los miércoles del 9 de julio al 9 de agosto de 1986, tiene seis catequesis en que habla sobre los ángeles y los demonios, dentro de una serie de explicaciones sobre el Credo, en particular al referirse a Dios Creador *de todas las cosas visibles e invisibles*. Estas catequesis del Papa están ricas de enseñanzas para nosotros. Yo las resumo en los siguientes siete puntos, que además nos servirán de síntesis de esta charla:

1.- Dios ha creado también seres puramente espirituales y libres, llamados a conocer la verdad y amar el bien de modo mucho más pleno y perfecto que el hombre, y llamados a participar en la historia de la salvación de los hombres.

2.- El mundo de los espíritus puros aparece dividido en buenos y malos. Pero esta división no se obró por creación de Dios, sino por la libertad de ellos, en una elección radical ante Dios.

3.- Unos seres espirituales han hecho una opción radical e irreversible de rechazo de Dios, inspirado por la autosuficiencia, la aversión, el odio, la ceguera, el orgullo.

4.- El ángel caído, el espíritu maligno o Satán se convierte en "padre de la mentira" (Jn 8, 44) porque trata de trasplantar en el hombre la actitud de rivalidad frente a Dios, la trágica mentira sobre Dios como un rival. Y se convierte también Satán en "el homicida desde el principio" (Jn 8, 44), porque quiere destruir la vida del hombre, la vida en la verdad, en el bien, en el amor. Por eso Satán, el adversario, es llamado con la palabra griega *diábolos*: el que causa destrucción, divide, engaña; no sólo a cada ser humano, sino al mundo entero.

5.- Para conseguir estos propósitos maléficos, dice el Papa, la táctica del espíritu maligno es ocultarse, pasar inadvertido, engañar hábilmente.

6.- Porque la edificación del reino de Dios está continuamente expuesta a las insidias del espíritu del mal, al engaño, a la tentación, al poder del Mal, "el estado de lucha es propio de la vida de la Iglesia", dice el Papa Juan Pablo, "los creyentes saben que están llamados a luchar para el definitivo triunfo del bien". Y "la lucha, a medida que se avecina el final, se hace en cierto sentido siempre más violenta", y sólo concluirá con la venida final de Jesucristo. Mientras, estamos inmersos en una lucha y en un conflicto, "un conflicto entre las fuerzas oscuras del mal y las de la redención."

Pero el poder de Satán no es infinito; no olvidar que él es una creatura más, aunque inteligente y poderosa. "El no puede obstaculizar la edificación del reino de Dios, en el cual se tendrá, al final, la plena actuación de la justicia y del amor del Padre hacia las creaturas". Cristo crucificado y resucitado se ha revelado como el *más fuerte* que vence al *fuerte*, al diablo (cfr. Mt. 12, 24) Mientras, estamos en lucha, "ciertos de que la victoriosa potencia de Cristo Redentor circunda nuestra vida para que también nosotros mismos seamos vencedores".

CONCLUSION

Llega el momento de concluir, y hemos de afirmar -por si alguno todavía tiene alguna duda- que creemos en la existencia de Satán y que creemos en el diablo y los demonios como seres personales, espirituales, astutos y poderosos. Pero me parece que el problema no está en hacer esta doble afirmación sobre la existencia y la personalidad del demonio. Más aún, pienso que entretenernos demasiado en estos dos puntos puede convertirse en un divertimiento mental, en un juego de disquisiciones racionales que nos distraiga y nos aleje del verdadero problema: el poder del Mal, de Satán, está destruyendo de mucha manera la vida de seres humanos. El poder diabólico se va encarnando en personas, situaciones, grupos, pueblos, donde prevalece el mal, el egoísmo exacerbado, la injusticia, el poder déspota y opresor, el engaño y la muerte de los inocentes... ¿creemos esto? Y si lo creemos, ¿estamos dispuestos a luchar contra el espíritu maligno?, ¿a trabajar con el espíritu de Jesús para que se dé la vida que Dios quiere de sus hijos?

Negar la existencia del diablo o entretenernos en imaginerías y racionalizaciones, pienso que es haber caído ya en la trampa engañosa del mismo demonio; no tomar conciencia de que él **está** actuando, de que males históricos y concretos atropellan y dañan la vida de nuestros hermanos, y no hacer nosotros **nada** para evitarlo. Decir *no existe el poder del Mal, no existe Satán, el homicida* es hacernos los seres más irresponsables y egoístas en medio de una sociedad que urgentemente pide hombres y mujeres solidarios en favor de la vida, sobre todo de los más necesitados.

El problema está, entonces, si aceptamos efectivamente, en la vida de todos los días, con todo lo que esto exija, que *el estado de lucha es propio de la vida de la Iglesia*, como personas y como comunidades, según nos recuerda el Papa Juan Pablo II. Una lucha para que sea el Espíritu de Jesús el que se encarne históricamente en nuestro medio, el que tenga primacía, el que lleve a decisiones concretas,

el que construya condiciones de vida más dignas, el que libere de tanta miseria... y esto, asumiendo el conflicto que supone luchar contra otros intereses, otros valores; luchar contra la mentira, el engaño, el abuso, la opresión: "un conflicto entre las fuerzas oscuras del mal y las de la redención". (cfr. Efes. 6, 10-17)

Ignacio de Loyola presenta bella y dramáticamente este conflicto entre dos fuerzas, dos caminos, dos personas (Cristo y Lucifer) en la meditación de Dos Banderas, de los Ejercicios Espirituales. (No. 136-147) La vida de las personas y de la sociedad se halla inserta en el corazón de una lucha -para San Ignacio no cabe duda; ojalá tampoco para nosotros-. Por eso necesitamos ayudarnos efectivamente para no caer en los engaños y cadenas del mal espíritu, y para poder vivir la vida verdadera que nos propone Jesús, el Señor. (Habrá una conferencia dedicada especialmente a explicar esta ayuda en el Espíritu que nos ha heredado San Ignacio *).

En este momento sólo quisiera relacionar el camino engañoso por el que Satanás va seduciendo a las personas, a saber: codicia de riquezas, vano honor, soberbia, como propone san Ignacio en los Ejercicios, con una enseñanza muy reciente de Juan Pablo II que dice así en su última Encíclica:

"Entre las opiniones y actitudes opuestas a la voluntad divina y al bien del prójimo, y las estructuras que conllevan, dos parecen ser las más características: **el afán de ganancia exclusiva**, por una parte, y por otra, **la sed de poder**, con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad. A cada una de estas actitudes podría añadirse, para caracterizarlas aún mejor, la expresión: **a cualquier precio.** En otras palabras, nos hallamos ante la **absolutización** de actitudes humanas, con todas sus posibles consecuencias" (Sollicitudi Rei Socialis, 37).

Si el demonio busca insidiosa y hábilmente que el hombre se oponga a la voluntad de Dios y al bien del prójimo, y se erija como un absoluto frente a Dios, ¿no creen ustedes que el Papa está nombrando muy específicamente dónde se encuentra hoy el demonio? ¿No creen ustedes que *el afán de ganancia exclusiva* y *la sed de poder, a cualquier precio*, constituyen hoy históricamente el centro de esta lucha contra Satán?

Pero vamos terminando. Para iluminar nuestras cuestiones sobre el diablo en las enseñanzas de la Iglesia, hemos hecho un rápido recorrido desde el siglo IV, con la confesión de fe en Dios como Creador *de todo lo visible e invisible*, hasta los últimos Papas, con la proclamación de Jesucristo como liberador de todo lo que

oprime al hombre. Pero en la experiencia de nuestra condición humana nos encontramos con la acción de Satán que viene a engañarnos y a esclavizarnos, a apartarnos de la verdad y del amor. Si el **diábolos** es quien destruye nuestra comunión de vida con Dios y con el prójimo, ¿qué tenemos que hacer nosotros para vencer lo diabólico, que es vivir en la falsedad y en la mentira e ir destruyendo la vida de nuestros hermanos; ¿cuál será hoy la actitud que nos ponga en el camino contrario, en el camino de Jesús? Podemos pensarlo. El mismo Juan Pablo II nos propone este camino: **la solidaridad y el servicio a los más pobres.** Ahí se encarna, en la urgencia de nuestra situación actual, la confesión de fe de haber sido liberados del dominio de Satán para vivir en la libertad del amor cristiano. Recojamos, pues, al terminar las palabras del Papa:

"La libertad con la cual Cristo nos ha liberado (cf. Gál. 5, 1) nos mueve a convertirnos en siervos de todos. De esta manera el proceso del desarrollo y de la liberación se concreta en el ejercicio de la **solidaridad**, es decir, del amor y servicio al prójimo, particularmente a los más pobres. Porque donde faltan la verdad y el amor, el proceso de liberación lleva a la muerte de una libertad que habría perdido todo apoyo".

"Esta (solidaridad) no es, pues, un sentimiento superficial por los males de estas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos. Esta determinación se funda en la firme convicción de que lo que frena el desarrollo es aquel afán de ganancia y aquella sed de poder de que ya se ha hablado. Tales actitudes y estructuras de pecado solamente se vencen -con la ayuda de la gracia divina- mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, dispuesto a *perderse*, en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a *servirlo* en lugar de oprimirlo para el propio provecho" (Sollicitudo R.S., 46 y 38).

---

* Cf. la siguiente conferencia de Víctor Verdín.

Debate

1.- Dijo usted que los dogmas de la Iglesia dan toda la importancia a Cristo liberador. Sin embargo, a través de veinte siglos la Iglesia también ha tenido la inquietud sobre la existencia del diablo y su repercusión sobre el mal humano. ¿Por qué la Iglesia no ha hecho declaración dogmática al respecto?

LUIS. Porque en los dogmas de fe se define lo que es el centro de nuestra fe, aquello a que debemos entregar nuestra persona y toda nuestra vida. Evidentemente el diablo no es el centro de nuestra fe, ni es a quien le hemos de entregar nuestra persona y nuestra existencia. La Iglesia recoge una realidad de la experiencia humana que es la experiencia del mal. Para constatar que hay mal en el mundo no es menester una revelación especial. Esto sí, sobre tal experiencia del mal, común a todas las culturas y religiones, la revelación quiere decir una palabra para explicarnos su sentido. La Iglesia (en concreto el Concilio Lateranense IV) recoge esa explicación, y la incluye en una definición dogmática; pero lo que se define es un punto en torno al misterio de la Salvación. La explicación sobre el diablo es un punto colateral que no se define, pero incluída en la visión amplia del misterio de la Salvación, nos ayuda para comprender el sentido que el mal tiene dentro de nuestra vida de fe.

2.- Juan Pablo II, en sus catequesis, dice que la decisión del diablo es irreversible. Entonces parece que el diablo ya no es libre. Sin pretender yo ser el abogado del diablo, y con todo respeto por el Papa, me parece que el Papa pinta al demonio como un pobre diablo.

LUIS. La enseñanza del Papa, pero ya antes la doctrina de los teólogos, y aun desde los santos Padres, dice que siendo los demonios seres puramente espirituales, tienen una capacidad de inteligencia y de voluntad muy superior a la de los seres humanos; y que su decisión de oponerse a Dios fue una opción radical. El ser radical quiere decir que el diablo no se arrepiente de su decisión. Esto es, no que Dios, como castigo, le quite la libertad, sino que

es al revés, el diablo sigue siendo libre, pero su fuerza de voluntad es tan grande que opta radicalmente por el mal. Notemos que los seres humanos también podemos tomar opciones bastante radicales, y libremente nos atenemos a las consecuencias.

3.- En primer lugar quisiera me confirmara usted lo que dijo, que en el bautismo ya no se hace el exorcismo. En segundo lugar pregunto ¿por qué, al hablar del demonio, ya no se habla con la misma confianza?

LUIS. Respecto de lo primero: hace años el bautismo se hacía en latín -usted lo recordará. Los niños que éramos entonces no entendíamos nada, sólo percibíamos una especie de murmullo; pero se hacían fuertes exorcismos. Por ejemplo decía el sacerdote: Yo te conjuro a tí, demonio, que salgas de esta creatura. Considero que la frase considerada en sí lleva un error teológico, pues, según el Concilio de Trento, Satanás no habita permanentemente de esa manera en una creatura. La frase podía llevar a la confusión entre lo que es el pecado original, lo que es el demonio, y lo que es el influjo del demonio sobre la creatura. Después del Vaticano II, el ritual cambió: en lugar de esos exorcismos se dejó una pequeña oración o exorcismo sencillo, en que la Iglesia, por medio del sacerdote pide a Dios que el bautizando reciba la ayuda necesaria, esto es, la fuerza de Cristo muerto y resucitado para no caer en las tentaciones del demonio.

Respecto de lo segundo: decía yo que hemos de ir a lo central y fundamental de nuestra fe. El Vaticano II fue un momento precioso para tomar conciencia de los puntos realmente importantes, y recuperarlos, por ejemplo el espíritu católico, el espíritu misionero, el significado del misterio de Cristo, etc. Quizá esto les pareció escandaloso a algunos, como si el Vaticano II hiciera cambios sobre las decisiones de otros Concilios, como el de Trento. Yo respondería que hay un término técnico importante: la jerarquía de verdades; esto es, no todo vale lo mismo, no todo tienen la misma importancia. Les recomiendo al respecto que lean el decreto sobre el Ecumenismo, n. 11, del Vaticano II.

4.- ¿Hay textos escriturísticos en que se diga que es irreversible la decisión del diablo de oponerse a Dios? No parece. Da entonces la impresión de que el Papa se apoya más bien en doctrinas de teólogos de peso, en concreto la del Doctor angélico.

El punto es de interés, pues eso muestra que el Magisterio Ordinario no desdeña las opiniones de los teólogos, sino que se sirve de ellas. Y los teólogos -en concreto santo Tomás- al hablar del demonio, usan muchos elementos filosóficos en sus reflexiones.

LUIS. Efectivamente, se trata de una doctrina teológica. Y es indudable que en cada doctrina teológica influyen la mentalidad y la filosofía de su momento histórico. Es humano y práctico usar, en las mismas declaraciones de los Concilios y de los Papas -y me refiero por ejemplo a los grandes Concilios de los primeros siglos, al Lateranense IV del siglo XIII, al de Trento o al Vaticano I- el lenguaje cultural, filosófico y antropológico de la época, para hacer más comprensible y coherente lo que se quiere explicar. Y ya tenemos dentro de una definición dogmática términos como naturaleza, sustancia, accidente, causa, efecto, que son términos de una filosofía determinada. Eso no quiere decir que los principios de esa filosofía queden, como tales, declarados dogmas; sino que se han usado como elementos de explicación.

5.- Se ha hablado de una lucha contra el demonio. ¿Se trata sólo de luchar contra las insinuaciones del demonio, o contra el demonio en sí? Además se dice que la lucha termina definitivamente con la segunda venida de Cristo. ¿Hemos de entender que en ese momento desaparece el demonio?

LUIS. Se propone una lucha contra toda la obra de Satán y sus efectos. En el texto que cité, Paulo VI decía que es difícil pensar lo que será ese demonio, pero que sí nos encontramos con sus efectos: romper la comunión con Dios y con el prójimo. Juan Pablo II habla de los efectos de la obra demoníaca en el nivel individual, pero también en el nivel estructural. Y en ambos niveles es donde hemos de prestar nuestra colaboración al reino de Jesús, con todo lo que somos, tenemos y sabemos, con todas nuestras capacidades. Así quedará patente la vida de Dios en nosotros. Este caminar es el de la Iglesia peregrina y militante. Con la parusía o segunda venida de Cristo, efectivamente, cesa el poder de Satán sobre los seres humanos.

6.- Dijo usted que Satanás no avisa al entrar en la creatura. En esas entradas y salidas, ¿qué papel juega la actitud del ser humano, la mente, el concepto social próximo y remoto? ¿Cuál es el terreno en que el demonio influye?

LUIS. Daré una respuesta parcial a ese tema tan interesante y práctico. San

Ignacio, otros autores espirituales, y Juan Pablo II en sus Catequesis dicen que el demonio trata, de muchas maneras, de influir en el interior del ser humano con pensamientos, motivaciones y atractivos al mal. Así es como él se muestra, y a veces es muy obvio; pero otras veces, con engaños sutiles, trata de pasar inadvertido, para lograr que poco a poco vayamos tomando actitudes contrarias al Evangelio. Ojalá haya respondido en parte a esta pregunta. Para otros aspectos de la respuesta, me remito a la conferencia que tratará el discernimiento de espíritus según san Ignacio.

Yo había comentado que el demonio influye no sólo en el plano privado de un individuo, sino también en el plano histórico, estructural y social -dentro de una familia o de una comunidad, o entre amigos.

7.- Quisiera saber si Juan Pablo I hizo aportaciones de Magisterio eclesiástico sobre este tema -o sobre cualquier otro.

LUIS. Que yo sepa, no.

8.- Recuerdo con nostalgia la explicación que recibimos de niños, que los demonios fueron ángeles que se rebelaron contra Dios. ¿Teológicamente está comprobada la existencia de ángeles y demonios? Si sí, quedan explicadas muchas cosas en torno al mal; si no, ¿cómo se explicarían?

LUIS. Tenemos la experiencia humana de la manifestación de una fuerza del mal -ciertamente no como un monstruo (grotesco), sino como una fuerza espiritual- que sostiene una batalla para llevarnos por caminos diferentes de los que Dios propone. Dada esta experiencia, la teología nos da una explicación de por qué hay que llamarla creatura espiritual. Es verdad que habrá también reflexiones teológicas inútiles, como el saber cuántos demonios hay y cuáles son sus nombres. Por otro lado, no hemos de ser literalistas, esto es no tomar simplemente un texto de la Escritura así como nos suena a cada uno, sino ver cuál es su verdadera interpretación.

9.- De niño tenía yo tal terror al diablo que a veces no podía ni dormir. En la historia, los platónicos vieron al diablo personificado en Roma; otros lo vieron en los cristianos; los cristianos en los musulmanes o en los judíos, pues eran infieles; para

los conquistadores, los indígenas del Nuevo Mundo tenían que ver con el diablo; otros han visto al diablo en el sexo, en la homosexualidad, en los socialistas ateos. Hay que alegrarse de que hubo un Vaticano II, que nos ha purificado de estas perspectivas abusivas. Mi pregunta es ¿qué tanto ha influído la ciencia en la exégesis?

LUIS. La exégesis es ahora también una ciencia en sí misma, y que toma y participa de otras muchas ciencias. Por otro lado: influye también la recta comprensión de lo que se llama la Tradición. El documento del Vaticano II, Dei Verbum, sobre la Revelación, n.8, nos invita a todos los creyentes a ir creciendo y progresando en la comprensión de la Tradición de la Iglesia. Y no que fuéramos demasiado inmaduros o infantiles, sino que probablemente a la Tradición se le ha ido adhiriendo la pátina del tiempo, cosas ajenas a la Tradición, aunque pertenecientes a los ambientes y culturas determinadas, como sucedió claramente en los ejemplos que aduces. Se adhirieron muchas cosas de imaginación, supersticiones, maneras de entender, prejuicios, que nos habían ido apartando de lo fundamental. Lo fundamental que siempre nos ha propuesto el Magisterio, lo más importante, es el camino que es Jesús. No que pensemos que el camino ya está andado, que ya todo está hecho, y cómodamente nos instalemos considerando que somos muy católicos. La invitación es a recorrer ese camino, a realizar ese esfuerzo, ese combate; y con discernimiento y lucidez a tomar las decisiones más coherentes y más evangélicas respecto a nuestra vida como personas, como sociedad y como Iglesia. En este sentido considero que ayuda el ir quitando todas las adherencias postizas a lo que es el núcleo de la Tradición. Por ejemplo no poco han ayudado ciencias como la medicina y la psicología para revisar nuestra posición ante las posesiones diabólicas espectaculares. En todo caso no hay que centrar en ellas la acción del demonio, como seguramente se vio en las conferencias anteriores.

10.- Quisiera preguntarle, ¿con cuántas personas posesas, o que hayan sido poseídas ha trabajado usted, en oración? ¿O todo lo que ha dicho es un saber sólo de libros? Una segunda pregunta: ¿Existe en el Vaticano una extensa biblioteca sobre demonios y casos demoníacos, y se estudia demonología en la Universidad Pontificia de Roma?

LUIS. Respecto de lo que estrictamente se llaman posesiones, nunca he visto casos, ni creo que se estén dando a cada momento. El Papa mismo nos dice que no seamos ingenuos y llamemos *posesión* a cualquier hecho extraño.

Pero si dejamos la palabra técnica **poseso** y nos fijamos en la acción de Satán en el mundo y en las personas, yo diría que es mi experiencia personal en la vida -y no un saber de los libros- que estamos expuestos continuamente a los ataques del demonio para no seguir el camino del Evangelio, sino todo lo contrario. Sin embargo, Santo Tomás de Aquino afirma claramente que Satán incita al hombre al pecado, pero no es la única causa; no podemos atribuir al diablo lo que son nuestros pecados, aquellos actos que quedan bajo nuestra libertad y autodeterminación.

En la Universidad Gregoriana de Roma hay cursos de demonología y en la Biblioteca Vaticana hay abundancia de libros sobre el tema. Hay un estudio sobre ángeles y demonios dentro del tratado sobre la Creación, que existe en todos los cursos de Teología. Es una parte, pues, de un tratado mucho más amplio sobre el Creador y las creaturas, y su estudio no implica ciertamente que los endemoniados pululen por todas partes.

LAS ESTRATEGIAS DEL BUEN Y DEL MAL ESPIRITU EN NUESTRAS VIDAS.

Víctor Verdín, S.J.

1. INTRODUCCION

a) Voy a hablar de lo que reza el título de esta charla: de las estrategias que sigue el mal espíritu en nuestras vidas con el objeto de involucrarnos en sus enredos y confusiones. Se trata de engaños con los que más o menos sutilmente nos lleva a apostar en la vida por caminos y derroteros que no traen nada bueno para nosotros. Correlativamente veré las estrategias que sigue el buen espíritu para clarificar y mostrarnos el camino que nos conduce a la vida verdadera. Esto siguiendo las enseñanzas de Ignacio de Loyola.

La idea es que podamos aprovechar los elementos sapienciales y metodológicos que nos ofrecen estas estrategias del buen y del mal espíritu. ¿Cómo reaccio-no o cómo reaccionar en adelante cuando capto que están presentes estas influencias en mi vida? Es tremendamente práctico. Me lleva a tomar postura y a ir optando por el camino que veo más conducente hacia mi humanización, hacia mi plenitud.

b) No es el momento de profundizar el aval histórico y teológico que sustenta esta espiritualidad. Baste decir por el momento que detrás de estos elementos que voy a ofrecer o a recordar simplemente está la experiencia de grandes hombres, que la han verificado en sí mismos y lo ha confirmado la comunidad eclesial. Es un fruto maduro de muchos siglos de experiencia y con profundas raíces evangélicas.

c) ¿Por qué está de moda, digamos, este tema? Me aventuraría a decir que en otras épocas históricas este tema de discernimiento de espíritus estaría reservado a una élite. La élite de los monjes de vida de clausura que por el hecho mismo de arriesgarse a emprender una vida de radicalidad evangélica se van a ver expuestos a grandes tentaciones... Para todos aquellos que van a vivir su fe y su vida

cristiana en el ejercicio de una profesión, un trabajo manual o intelectual y en el seno de una familia, simplemente bastaría una apropiación del cristianismo, suficiente para vivir en coherencia el mandamiento del amor al prójimo.

Se vuelve relevante el discernimiento en esta época particularmente por la crisis valoral típica de estas décadas. Se nos ha vuelto difícil distinguir entre lo que entra en la categoría de una costumbre, y por tanto cambiable sin ninguna repercusión, y lo que son valores del ser humano y por lo mismo no cambiables sin el riesgo de estar afectando nuestro propio bienestar más auténtico.

¿Qué es lo que vale la pena y cuáles son los valores más auténticos del ser humano? Son preguntas cruciales.

Las ciencias del hombre aportan diversas teorías. Algunas contradictorias entre sí. Lo que aumenta la confusión no sólo teórica sino práctica.

Por eso desde la fe nos vamos a preguntar dónde está la plena realización del ser humano. Por eso acudimos a esta experiencia de la espiritualidad cristiana, que en este momento de crisis valoral es la que nos puede ayudar a salir del atolladero tanto individual como colectivo.

d) ¿Qué sucede en la práctica? En estas peculiares circunstancias, llenas de atractivo y de fascinaciones a los que uno de repente cree y se vuelve a ellos y los experimenta y hace propios; aunque después de verificar que no dan resultado nos regresamos e iniciamos otra búsqueda...? En estas peculiares circunstancias, casi cada momento de nuestra vida nos va a ir demandando qué rumbo escojo, qué opciones hago y cómo garantizo que mis opciones sean confiables y lo más seguras posibles. Es el por qué volteamos los ojos hacia nuestra fe y buscamos qué respuesta nos puede dar nuestra fe en Jesús aquí y ahora.

2. Presupuesto desde el cual se abordan estos datos experienciales de estrategias del buen y mal espíritu en nuestras vidas.

El presupuesto es el siguiente. Desde una visión de fe en Jesucristo acogida por nosotros hemos apostado y sabemos en qué consiste la plenitud de la vida humana y de la historia. Desde la Resurrección de Jesús verifica nuestra fe que la vida de Jesús, sus actitudes y valores encarnados en hechos concretos, es el paradigma que da sentido a nuestra vida.

Desde la fe sabemos que el Espíritu de Jesús actúa en nosotros con sus inspiraciones y luces, con su fortaleza y vida que nos comunica, con la plenitud del amor de entrega que nos llena. Desde la fe en Jesús también constatamos que estamos expuestos a otros influjos que nos desorientan y desvían de este camino que lleva a la vida. Son los influjos del mal espíritu, que se concretizan de diversos modos en pseudo-valores y atractivos falsos... Así entendemos las estrategias del buen espíritu, las que nos llevan o conducen al proyecto de plenitud que Dios me tiene y nos tiene reservados.

Y entendemos también las estrategias del mal espíritu, las que se encaminan a desorientarnos y desviarnos de este proyecto de vida en la fe. Y esto conlleva consecuencias operativas y prácticas en nuestras vidas y en la historia.

Nosotros debemos estar atentos a estas estrategias que nos influyen para poder determinar qué camino seguir. Es nuestra respuesta libre y clarividente la que acoge uno u otro camino.

3. Hacia una descripción de la manera como se presentan experiencialmente estos influjos de las estrategias de los espíritus.

Hay que caer en la cuenta, en primer lugar, que no se va a tratar de experiencias o vivencias espectaculares. Algo así como visiones extraordinarias o algo fuera de lo común... No va a ser nada de esto (ordinariamente).

La base de estos influjos está en las experiencias nuestras humanas cotidianas, que abarcan nuestros afectos, motivaciones, intereses y razones que nos mueven a actuar en determinado sentido. Y esto con un peso emocional más o menos fuerte.

Es en estas experiencias humanas globales en donde podemos detectar que somos jalonados en direcciones opuestas de sentido en nuestra vida. Nosotros mismos podemos verificar cuando vamos hacia un rumbo o hacia otro y qué consecuencias se siguen para nuestra vida.

¿Cómo describir estos datos experienciales que nos permiten detectar y discernir hacia qué rumbo me impulsan a caminar y producir?

Estas experiencias son aquellas en que nos influyen determinados estados de

ánimo con sus consecuentes afectos, o motivaciones e intereses que los respaldan y que normalmente van ligados a un discurso de razón. Y esta experiencia implica todo un movimiento operativo hacia una actuación desde determinadas actitudes y motivaciones respaldadas con sentimientos concomitantes. Y aquí es donde puede estar presente la estrategia del buen o del mal espíritu.

Vamos a ver ahora un ejemplo concreto donde se muestre esta experiencia, cuyos elementos acabo de describir. Un ejemplo clásico son las experiencias internas que vivió Ignacio de Loyola durante la convalescencia de la herida que recibió en Pamplona. El mismo Ignacio nos dejó una nítida narración en su autobiografía:

"Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; más en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron una Vita Christi y un libro de la vida de los santos.

Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas, dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de éstos.

Todavía nuestro Señor lo socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de Nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: - ¿qué sería si yo hiciese esto que hizo san Francisco, y esto que hizo santo Domingo?

Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas proponiendo siempre así mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Más todo su discurso era decir consigo:

- Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer.
- San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer.

Duraban también estos pensamientos buen rato, y después de interpuestas ciertas cosas, sucedían los (pensamientos) del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.

Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; más cuando después de cansado lo dejaba, hallabase seco y descontento... y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos lo rigores que veía haber hecho a los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, más aún después de dejado, quedaba contento y alegre.

Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse de esta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a reconocer la diversidad de espíritus que se agitaban, uno del demonio y otro de Dios".

Podemos ver cómo hay un conjunto de deseos, de inclinaciones y de proposiciones en torno a unos objetivos, a unos valores: "Hasta los 26 años de edad fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicios de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra". En saborear estos pensamientos Ignacio de Loyola se deleitaba horas enteras... Descubrió que después de estarse en ellos, su estado de ánimo quedaba seco y triste. La conclusión a la que llegó el santo fue que detrás de este conjunto de intereses y proyectos estaban presentes otros espíritus, pero no el Espíritu del Señor. Empezó a entender que podía identificar cuándo era impulsado y movido por el mal espíritu.

Podemos ver cómo también se presentó en su experiencia otro conjunto de deseos, inclinaciones y propósitos en torno a otros objetivos, en torno a otros valores. Empezó a atraerlo el deseo de imitar a Jesús y la vida de los santos. E imitarlo en las cosas concretas que ellos hicieron, vivir en pobreza, austeridad, en servicio a los demás... Desde una perspectiva de fe Ignacio concluyó que en estos deseos que se le presentaban estaba impulsándolo el buen Espíritu, el Espíritu del Jesús. Quedaba alegre.

En el caso de Ignacio de Loyola, esta experiencia lo fue llevando, con la luz

de gracia a tomar decisiones definitivas. Cada vez fue viendo con más claridad que tenía que romper con su vida pasada y emprender otra radicalmente distinta... Fue el inicio de su conversión.

Ahora voy a presentar algunas reflexiones en torno a esta experiencia de Ignacio antes de darles a ustedes una idea de las reglas que fue deduciendo el santo para distinguir la diversidad de espíritus.

Si observamos con detención, no se trata de una experiencia extraordinaria. Es un joven convalesciente de una enfermedad, y capta que se mueven en su interior distintos proyectos futuros.

Se trata de lo ordinario y cotidiano.

En eso ordinario y cotidiano se manifiestan los valores que estamos viviendo. Una cosa es sentir atractivo de tener poder, fama, honra, privilegios, dinero... El asunto está en caer en la cuenta de cuál es la postura cristiana ante esto. Es la cuestión de si estos son los valores de los que nos habla el evangelio.

Otra cosa es tener también la experiencia de sentirse atraídos por otros valores evangélicos. Todo ese conjunto de pensamientos, intereses, deseos, que versan sobre un básico amor al prójimo como Jesús lo hizo. Un amor que no sea solamente intencional, sino operativo como, por ejemplo, compartir con los demás lo que uno tiene, servir en las distintas actividades que ejerce, etc. Estos valores vividos son un algo que nos puede entusiasmar, que lo podemos sentir como algo atrayente. En eso que en su experiencia, Ignacio sintió que le dejaba su estado de ánimo alegre y en plenitud. En torno a la vivencia de estos valores está el espíritu de Jesús, porque son valores evangélicos.

Un ejemplo de esta experiencia de plenitud en el servicio, de alegría al vivir los valores evangélicos actualmente es el caso de la madre Teresa de Calcuta. Ella vive dedicada a la atención de los enfermos leprosos y deshauciados en la India. Vive una vida con plenitud de sentido.

Este distinguir la diversidad de espíritus que nos mueven y nos impulsan en torno a diferentes deseos y propósitos se constituyó en algo central en la vida de Ignacio de Loyola. El trató de detectar siempre cuándo era el espíritu de Jesús el que lo movía y lo inspiraba para seguir por ese camino. Cuando era consciente de que otros espíritus lo movían y le proponían otros propósitos y motivos, entonces

esperaba hasta no contar con la ayuda del Espíritu. De esta experiencia sacó lumbre, es decir, entendimiento para toda su vida. Por eso se le conoce como maestro en el discernimiento de espíritus.

4.- Cómo se presentan estas estrategias del buen y mal espíritu y cómo habérselas ante las estrategias del mal espíritu para sortearlo y vencerlo. Cómo captar el espíritu de Jesús para tomar ese camino y asimilar sus enseñanzas y gozarnos en El.

Indudablemente que el primer paso a dar en estas experiencias internas nuestras es el de saber detectar qué espíritu me mueve. De otro modo la persona está siendo movida por diversos vientos..., modas, etc.

¿Qué señala Ignacio para poder conocer de dónde provienen impulsos y deseos que experimentamos en nuestras vidas? Estos influjos caen como gota de agua en la esponja o como gota de agua en la piedra.

Si la persona va en un momento en el que se deja seducir por criterios y valores que no corresponden al evangelio, que busca placeres egoístas y se permite prescindir de los demás o los ve como objeto, etc., entonces, las mociones del mal espíritu entran como gota de agua en la esponja. La razón es que se da una afinidad connatural entre el sujeto y los valores aparentes y goces que le propone el mal espíritu.

En este mismo caso, las mociones del buen espíritu caen como gota de agua en la piedra. Entran remordiéndonos, tratando de hacernos caer en la cuenta de que estamos eligiendo un camino errado... Nos invitan a un cambio, a una conversión...

Si la persona va de bien en mejor subiendo, es decir, comienza a abrazar y a acoger los valores que nos propone Jesús, entonces el buen espíritu entra como gota de agua en la esponja. Se da el caso de esa afinidad y connaturalidad entre las mociones del Espíritu y nuestra acogida a su camino. Es lo que queremos vivir.

En este caso, las mociones del mal espíritu entran con ruido, con estrépito, como gota de agua en la piedra. Ponen temores, trabas, dudas, oscuridad respecto del camino que se ha elegido.

De aquí que lo primero que haya que tener en cuenta es en qué situación estamos nosotros respecto de los valores de nuestra fe. Si es de incoherencia

entonces el mal espíritu tratará de mantenernos en ella... Y contrario modo.

¿Qué estrategias sigue el mal espíritu cuando la persona busca vivir en coherencia respecto del sentido de nuestra vida en la fe?

- Aparece como metiendo dudas, temores, oscuridad respecto de lo que se vive y de las decisiones que se van tomando. Y es un clima en el que desaparece el entusiasmo, la alegría y la facilidad de la entrega. Vgr. Ignacio: "¿así vas a aguantar toda la vida? ¿Cómo me garantizas un día de vida?"

- Además se va a reforzar con ciertas estratagemas de tal manera que pueda conseguir desalentar del camino emprendido. Estas estratagemas son las siguientes:

a) Va a proponer a la persona que no comunique su situación a otros y menos a alguien que lo descubra en sus perversas intenciones... "Así mismo se porta como un vano enamorado, en querer quedar en secreto y no descubierto. Porque así como el hombre vano, que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una mujer de un buen marido, quiere que sus palabras y seducciones sean secretas, y lo contrario le desagrada mucho cuando la hija al padre, o la mujer al marido descubre sus vanas palabras e intención depravada, porque comprende fácilmente que no podrá salir con la empresa comenzada; así de la misma manera, cuando el enemigo de la naturaleza humana trae sus astucias y seducciones al alma justa, quiere y desea sean revividas en secreto. Mas cuando las descubre a su buen confesor o a otra persona espiritual, que conozca sus engaños y malicia mucho le pesa, porque comprende que no podrá salir con su malicia comenzada, al ser descubiertos sus engaños". (326 ej).

b) Una segunda estratagema es la siguiente:

Le va a llegar a la persona en aquellos aspectos en que es más vulnerable. No va a atacar desde los aspectos fuertes de la persona o desde las actitudes evangélicas más arraigadas. Va hacia los lados flacos.

"Asímismo se hace como un caudillo para vencer y robar lo que desea. Porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando sus reales y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, lo combate por la parte más débil, de la misma manera, el enemigo de la naturaleza humana, rodeando, mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más

necesitados para nuestra salvación eterna, por ahí nos combate y procura tomarnos". (327 ej).

La lección es la siguiente. En esos períodos de influjo del mal espíritu o de desolación va a aparecer nuestra necesidad de compensarnos... y aparecerá la tendencia a justificarnos... Todo esto en vez de reconocer que eso no es el camino.

Estos períodos de desolación son normales en toda vida humana. El relieve de estos períodos es más marcado cuando hay un propósito definido en la vida - de fe -... Aparece menos cuando hemos caído en la mediocridad...

Como toda crisis, se trata de crisis de crecimiento y maduración. El enfrentar estas crisis deja muchas enseñanzas, nos aclara dónde hay que crecer y madurar, nos hace realistas y humildes y nos hace caer en la cuenta de que el entusiasmo, la alegría, la apertura a los demás, es decir, la presencia del Espíritu en nosotros es definitivamente don de Dios.

Sin embargo, tenemos que aprender a sortear estas crisis. Hay algunos elementos que podemos señalar ahora como necesarios a implementar en estos momentos de desolación.

Primer elemento: Este tiempo no es el propicio para tomar decisiones. Es un tiempo para mantenerse en la perspectiva que bajo la influencia del espíritu del Señor se había visto como la conducente para nuestra plenitud en la vida en la fe. El mal espíritu pretende desviar de una ruta clara hacia la vida que nos ofrece el Señor en la fe. De ahí la importancia de no tomar decisiones en estos momentos de crisis.

"En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, sino estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tan desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja más el buen espíritu, así en la desolación el malo con cuyos consejos no podemos tomar camino acertado". (318 ej).

¿Cómo captar el espíritu de Jesús llenándonos de amor, de fe, de esperanza en medio de alegría interna y facilidad para emprender proyectos para tomar ese camino y asimilar sus enseñanzas y en definitiva para llenarnos de él?

Lo primero es atender cuál es nuestra actitud ordinaria en la vida. Si es la de quien apuesta por una visión de fe en la vida y trata de ser coherente con el seguimiento de Jesús o al contrario.

Si nuestra actitud es de lejanía operativa de los valores evangélicos, es decir, si nos dejamos fascinar por el poder que oprime, etc., el espíritu de Jesús como agua en la piedra nos insistirá en un cambio. No nos violenta, espera nuestra respuesta libre, nuestra acogida a ese proyecto de vida que nos ofrece, aunque en contradicción con nuestro orgullo, autosuficiencia, deseo de riqueza y poder... sabemos que El sana y corrige con ternura de padre.

Si nuestra actitud es de ir de bien en mejor subiendo, de dar pasos concretos desde actitudes más coherentes con el evangelio, entonces el espíritu de Jesús es un estado de ánimo que nos estimula y alienta en el servicio del Señor y el trabajo por el Reino. Está caracterizado por los tonos emocionales de amor, entusiasmo, optimismo, creatividad apostólica, valor, alegría y también dolor y lágrimas por el pecado... es lo opuesto a la desolación. En resumen se hace presente en nuestra conciencia un aumento de fe, esperanza y caridad.

Esta consolación, como experiencia de la presencia del Espíritu en nuestras vidas, es la guía correcta para caminar hacia Dios.

Es importante caer en la cuenta de que cuanto sucede en nuestras vidas es por iniciativa de Dios. Se trata de un don que es necesario reconocer y agradecer. Es muy riesgoso y peligroso atribuírselo a sí mismo. Sería envanecerse con lo ajeno. "Todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y para que en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o los otros efectos de la consolación espiritual". (322 ej).

Voy a dar unas consideraciones finales:

1) La experiencia de Ignacio es muy ilustradora en cuanto al modo como él vivió su conversión. De hecho ahondó tanto su vida de cristiano que ahora la Iglesia lo reconoce como santo y maestro espiritual.

¿Necesitamos nosotros de una revisión tan minuciosa de nuestra experiencia interior para poder ser fieles a nuestra fe cristiana? La respuesta es no. Hay de

hecho muchísima gente que nos da un testimonio cristiano de amor a sus semejantes, de sensibilidad ante el dolor de los demás, de deseo de que nadie viva oprimido. Estos testimonios son los que nos deben ayudar para que nuestra confianza en el camino de Jesús crezca. Al menos como estímulo para conocerlo más a él.

2) Normalmente es en la experiencia de Ejercicios Ignacianos, en donde se aprende a reconocer cuándo nos está moviendo el espíritu del Señor. Y en Ejercicios siempre se cuenta con la ayuda del director.

Cuando se camina en esta experiencia de querer una conversión en nuestra vida, es indispensable contar con la ayuda de quien tenga experiencia. Es decir, la ayuda de quien ya haya recorrido delante de nosotros el camino. Ignacio de Loyola recomienda que se mantenga una comunicación constante con el director espiritual basada en la confianza mutua... Se supone que el director espiritual es más avezado para distinguir cuándo se están presentando las estratagemas del mal espíritu.

Pero en definitiva el objetivo debe ser el querer vivir en serio la vida cristiana. Confiar en que el proyecto que Dios tiene para nosotros es de vida y que Dios mismo nos puede ayudar a vivir esa plenitud de gozo, de esperanza y amor que El nos ofrece.

Debate

1.- ¿Qué es mejor en tiempos de desolación: tratar de combatir el mal, o simplemente seguir haciendo el bien? Creo que ayuda seguir haciendo el bien; pero a veces se sienten escrúpulos, como si uno estuviera descuidando puntos importantes de la vida.

VICTOR. Cuando se está en desolación lo primero es caer en la cuenta de que ésta está presente de alguna manera con determinadas manifestaciones.

Y después ya que estás con más calma, entonces te pones a examinar. ¿Qué fue lo que sucedió? Preguntarse un poco: ¿de dónde pudo haber llegado eso?, ¿por qué? y ¿qué descuidé? A lo mejor me descuidé en algo y resulta que eso es ya lo que está sucediendo, se está manifestando esto, mis actitudes, mi aceptación de los demás, me estoy envolviendo en los falsos valores, etc.

Se puede acudir a conversar con alguien sobre la desolación que se experimenta para recibir apoyo y ayuda e incluso claridad.

Finalmente, cuando se tiene bien examinada la procedencia de la desolación, se trata de poner algunas medidas concretas que ayuden a superar esa desolación.

Agregaría esto. San Ignacio dice que hay ocasiones en que la desolación es permitida por Dios simplemente para hacernos caer en la cuenta de que El da gratuitamente la consolación y no es simplemente fruto de nuestro esfuerzo.

2.- Decía usted que las mociones del mal espíritu se reflejaban en una experiencia de vacío; hay una ausencia de alegría. Pero hay gente que se recrea en las malas acciones, -por ejemplo: la venganza es dulce-, y que siente alegría y gusto al ver sufrir a los demás. Y esto parece que es dejarse llevar por el mal espíritu.

VICTOR. Tiene usted razón y san Ignacio así lo señala. El mal espíritu provoca alegría, gusto y placer en personas que viven en una perspectiva "de ir de pecado en pecado". Quien discierne bien, reconoce que esa alegría es del mal espíritu y que debe reaccionar contra ella.

3.- Quisiera saber qué papel tiene el funcionamiento del cuerpo en ese vacío que a veces acompaña a la desolación del espíritu. Y si para combatir tal desolación se pueden usar fármacos, y no sólo la disciplina.

VICTOR. De entrada, digamos que la experiencia espiritual de fe se da más nítidamente en una psicología sana, normal. En este momento se puede experienciar con nitidez. Más aún, se supone que la experiencia de discernimiento de espíritus es para alcanzar la plenitud humana auténtica. Esta

plenitud significa vida y vida verdadera.

Se puede constatar en la propia experiencia que hay deficiencias psicológicas y quizás hondas. Estas deben atenderse con ayuda de médicos profesionales. El ayudarse de auxiliares terapéuticos es algo que podemos implementar según sea lo más recomendable para cada uno.

Ahora bien, se supone que una experiencia honda de fe va ayudando a sanar heridas psicológicas y reconstituyendo a la persona. Y esto hasta ir adquiriendo cada vez más libertad y seguridad. Es claro que cada uno tiene su temperamento -que el Señor no nos va a cambiar-, su modo de ser, talante, psicología, herencia tanto psíquica como biológica. Tal es la base. Las experiencias de fe nos reconstituyen como personas. Simplemente un ambiente de mucho amor y aceptación ayuda a mucha gente incluso en la línea de salud fisiológica, pues se despreocupa, comienza a tomar interés.

Contaba yo la anécdota de una persona para quien la vida no tenía sentido; se levantaba tardísimo, al mediodía, no tenía qué hacer,ni tenía preocupaciones económicas; su única ocupación era, de vez en cuando, jugar a las cartas con sus amigas. Ella reconocía que no estaba bien, que su depresión era más bien seria. Y de hecho siempre se enfermaba de una cosa o de otra. Alguien le sugirió que se interesara por ver cómo vivía la gente de equis parte, y que quizá pudiera ser útil ahí. Siguió el consejo: se levantaba a las seis de la mañana, iba al barrio pobre, ayudaba a la gente en una cosa y otra, y se animó su vida. Aquí lo importante es la vida de la fe; pero ésta puede ayudar, como de rebote, al ajuste interno.

Por otra parte, es claro que aún desde el punto de vista de la fe, hay ocasiones en que se deben emplear los avances de la medicina, de la psicología, de la psiquiatría.

4.- Me ha dado la impresión de que el hombre estuviera en juego. Comprendo que el Espíritu Santo actúe, y aún directamente, sobre nosotros; pero no logro comprender que el espíritu del mal esté a cada momento inspirándonos al mal. Quisiera saber de dónde proviene ese espíritu del mal; si es, de parte de Dios, una especie de abandono, o de prueba; o si se trata sencillamente de nuestra concupiscencia, o si se trata de una acción del demonio.

VICTOR. Desde luego Dios nos invita a dar al mundo y a nuestra vida el sentido que él quiere. En contra está desde luego la concupiscencia, como herida interna. Y la acción del mal espíritu es un dato de la Revelación. Propiamente Dios no nos abandona nunca, sino que nos da su gracia. Por otro lado sí podemos considerar que estamos en un tiempo de prueba.

5.- Soy médico de profesión, y quisiera referirme a la pregunta sobre los medicamentos. Desde mi punto de vista, la desolación, siendo del orden espiritual y no necesariamente del físico, no se ha de tratar con medicamentos. Dios permite la desolación para hacernos reconocer los errores de nuestra actitud en el caminar espiritual, que algo no está bien en nuestra vida, como usted lo hacía ver. La desolación no es motivo para cambiar nuestra buena actitud, sino de reflexión y análisis para ver si nuestra vida va siendo conforme al plan divino.

En cuanto a la última pregunta, tenemos la evidencia, en el Magisterio de la Iglesia y en la palabra de Dios de que el Espíritu Santo nos induce al bien y nos guía en el camino de la salvación. La palabra de Dios dice muy claro: "Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres". "Cuando venga el Paráclito consolador, El les enseñará todo acerca de mí, y les enseñará la verdad, y la verdad los hará libres". Igualmente el Magisterio de la Iglesia y la Palabra de Dios, en documentos de cabal importancia, advierten que ciertamente Satanás actúa sobre el ser humano, induciéndolo al mal. Claro, el hombre tiene el libre albedrío para escoger entre el bien y el mal.

6.- Supongamos una persona que ha decidido seguir más de cerca el Evangelio. Y le llegan indiferencias o apatías respecto de lo de Dios y de todo lo espiritual. ¿Es eso una desolación? Al mismo tiempo se lucha por no caer al pozo o al abismo, por no separarse de Dios. Si eso es una desolación, ¿cuánto tiempo dura normalmente?

VICTOR. Se trata de una desolación. A priori no se puede saber de qué parte, cómo llega, o a qué se debe. Habría que buscar los datos en concreto para ver por qué hay ahora indiferencia y apatía, por qué ya no estoy motivado.

Si se reconoce pronto la desolación y se examina para llegar a encontrar los caminos operativos para superarla, en cuanto compete a la propia responsa-

bilidad, no debe tardar mucho tiempo en volver el clima consolatorio.

Cuando se trata de desolaciones que se prolongaron por diversas razones, entre otras quizás que no se reaccionó a tiempo cuando apareció, es más lento el reencontrar el clima consolatorio. Se van superando poco a poco.

7.- También soy médico, y tengo formación psicológica. En el ser humano existen signos cotidianos que alteran la psiqué del individuo. Esto es más notorio en la mujer que en el varón, pues la mujer retiene líquidos -hasta diez kilos- al final del ciclo menstrual; ese líquido se acerca al cerebro, y produce un edema cerebral, que altera la psiqué, el espíritu. El índice de accidentes es entonces mayor que el primer día del ciclo. Si el demonio aprovecha este momento para atacar, el momento en que la mujer es más débil y más lábil, importa saber cuándo se da esta depresión fisiológica para prever y reaccionar en consecuencia.

VICTOR. San Ignacio habla de estos estados de ánimo cuyo origen es simple y llanamente la salud, o el cansancio, o alguna otra prueba normal de la vida por la que todos pasamos. Para poder manejarse en estos momentos es necesario reconocer que la causa es de este tipo y poner el remedio adecuado. Por ejemplo, si se trata de un cansancio, entonces es necesario saber descansar.

8.- La desolación puede venir también de Dios, y no sólo del mal espíritu. Una señal para reconocer el origen de esa desolación sería la paz y serenidad siguientes, que yo no había querido. A veces si se confunde uno, ¿cuáles serían las señales para saber si la desolación viene de Dios, o del mal espíritu?

VICTOR. La desolación entendida como aquel impulso que me desvía de mi caminar hacia la plenitud de entrega conforme a los planes del Señor siempre viene del mal espíritu. Aunque sí puede uno interpretar que la desolación está presente en mi vida en un determinado momento porque Dios la permite para indicarme o enseñarme algo que yo aprendo al examinar y combatir la desolación.

9.- Respecto de las influencias del buen o mal espíritu, personalmente pienso que simplemente se trata de una cuestión ética. Pensemos en un abogado que

aprovechándose de la ignorancia de su cliente le roba dinero y no le arregla su problema. Simplemente le falló su ética profesional.

VICTOR. Evidentemente que el discernimiento dice relación a la ética. En cuanto que se trata de la búsqueda de la verdadera plenitud humana. Ahora bien, el discernimiento va más allá de la ética, es transético dado que es la creatividad que nace de una determinación de vivir y elegir siempre desde un amor operativo a la manera de Jesús.

10.- No concuerdo con la idea de que nuestros malos pensamientos, malos deseos y malas acciones estén inspiradas por el demonio. Sería caricaturesco el que cada uno de nosotros tuviera un demonio encima invitándonos al mal, casi como si fuera otro Dios que estuviera en medios de nosotros. Comprendo que la Iglesia hable de la acción del demonio, pero ¿no se trata más bien de la concupiscencia que llevamos dentro de nosotros?

VICTOR. Las dos cosas. Llevamos la concupiscencia misma, esto es, cierta inclinación al mal. Pero hay también ciertos momentos en que se presenta la inducción del mal espíritu.

11.- (De Jorge Manzano:) Tanto las mociones del buen espíritu como las del malo suelen percibirse en nuestros estados de ánimo, por ejemplo gozo o tristeza, tranquilidad o desasosiego. Pero considero que no todo estado de ánimo tiene forzosamente por origen las mociones de aquellos espíritus. Los estados de ánimo pueden tener orígenes muy diversos. Lo ilustro con ejemplos. Supongamos un muchacho que acaba de hacer deporte; se siente bien y a gusto. En principio tal estado de ánimo no proviene del bueno ni del mal espíritu, es simplemente el desborde de su sana animalidad. Supongamos al mismo joven en otra situación, en que comienza a sentirse a disgusto, desganado. No se trata necesariamente de mociones de los espíritus; quizá simplemente comió algo que le ha perturbado la digestión; todavía no está enfermo, pero se comienza a sentir mal. Nietzsche dijo alguna vez que la llamada consolación podría muy bien no ser sino buena digestión, y considero que muchas veces es así. Pero indudablemente en otras muchas ocasiones sí se detecta en los estados de ánimo el influjo del bueno o del mal espíritu. Para saber discernir de dónde proviene mi estado de ánimo es decisivo hacer un juicio inicial: si, como decía Víctor, voy progresando o retrocediendo en mi proyecto de vida; y qué tipo de discurso acompaña mi tristeza o mi gozo.

12.- Yo no quisiera contestarle con mi palabra, sino con la Palabra de Dios. Se nos dice en Efesios 6,10: "Por lo demás, háganse robustos en el Señor, con su energía y su fuerza. Pónganse la armadura de Dios, para poder resistir las maniobras del diablo; porque nuestra lucha no es contra las fuerzas humanas, sino contra los gobernadores y autoridades que rigen este mundo y sus fuerzas oscuras".

Nos enfrentamos con los espíritus y las fuerzas sobrenaturales del mal. El demonio es un ángel caído, y el hombre nunca ha podido contra él. Si el hombre pudiera vencer a Satanás, Cristo no hubiera tenido que vencerlo y darnos la victoria. Mientras estemos en la tierra, Satanás nos ataca todos los días, en todo momento y en todo lugar; la prueba es que Cristo nos dice que velemos y oremos, para no caer en la tentación; y la invitacón es absoluta, no sólo para cada tercer día, ni cada mes o cada año.

13.- ¿Cómo se pueden manejar los escrúpulos, superarlos o liberarnos de ellos? ¿Cuál fue la experiencia de san Ignacio?

VICTOR. San Ignacio nos compartió su experiencia al respecto. El experimentó la duda sobre si había o no confesado bien todas sus faltas; era una duda angustiosa, de la que no podía liberarse.

La duda se presenta con angustia: ¿hice mal o hice bien? San Ignacio descubrió que la manera de superar este problema era pensar de manera diamentralmente opuesta a lo que sugiere el escrúpulo para superar definitivamente la duda.

Aclaro que hablo de los escrúpulos como una enfermedad espiritual, no abordo el caso de una enfermedad psíquica o neurosis que requiera tratamiento médico.

KIERKEGAARD
Y LAS MOCIONES DE LOS ESPIRITUS.

Jorge Manzano, S.J.

I. LAS MOCIONES Y EL HOMBRE

1.- Continuamente actuamos. Dejando de lado las operaciones automáticas como respiración, circulación y semejantes, atenderemos aquí a las acciones en que de alguna manera interviene nuestra libertad, sobre todo aquellas en que somos más libres. Seguramente habremos observado que nuestra acción se ve solicitada desde dos campos. El primero, exterior, no es sino la bondad de los objetos que nos lleva a preferir uno sobre otro: esta silla es más cómoda que la otra, este automóvil tiene más ventajas para mí. El otro, interior, consiste en las llamadas mociones, que son movimientos dentro de uno mismo que incitan a realizar tal acción, diversos de la acción misma, y previos a ella. Ejemplo, Rosita le gusta a Juan. Las cualidades físicas o espirituales de Rosita son el atractivo externo. Pero además pueden darse en Juan mociones o movimientos internos, a declararse o a no declararse. ¿De dónde vienen estas mociones? Pueden venir de nosotros mismos -por una buena o mala digestión, como dice Nietzsche-; o del buen espíritu; o del malo. Y suele suceder que esas mociones choquen entre sí, de manera que el hombre viene a ser un intenso centro de luchas y operaciones de diversos espíritus. Es todo un arte saber **discernir** de dónde proviene cada moción, y muy importante, pues el libre albedrío puede seguir una u otra, y lo que está en juego es nuestra vida.

Llamamos buen espíritu al que es de signo positivo para el hombre, el que quiere el bien del hombre, su equilibrio, armonía y progreso espiritual. Y mal espíritu, al que quiere lo contrario de todo eso. Para obtener sus fines -en concreto, que el hombre decida libremente ir por tal o cual camino, elegir tal o tal acción- los espíritus usan las mociones, y cada uno tiene sus tácticas y estrategia. Entre los grandes expertos y conocedores de esta estrategia y tácticas de los espíritus, descuella san Ignacio de Loyola. Menos conocido en esta línea es Kierkegaard, el iniciador de la filosofía existencialista. En esta conferencia intento presentar algunas cuantas notas de lo que pudiéramos llamar el discernimiento espiritual en

Kierkegaard, e irlo comparando con san Ignacio. En ninguno se trata de una teoría abstracta, sino de la vida, de la existencia real, que los dos afrontan apasionadamente. En este ámbito no sirve una teoría abstracta, como no basta para aprender a tocar guitarra, a boxear o a nadar (1). Uso la expresión *el mal espíritu*, así, como personificado. Lo hago por comodidad y claridad, por sentido común, y por adaptarme al lenguaje de la Sagrada Escritura, de la Liturgia, y de los autores que estudio, sin prejuzgar nada sobre los matices de mis conferencias anteriores. Se trata de dos problemas diversos. Entonces vimos la pregunta qué, o quién es el mal espíritu; ahora, la pregunta cuáles son sus tácticas y estrategia.

2.- ¿Qué es el hombre para Kierkegaard? La relación alma/cuerpo, que referida a sí misma es el espíritu (humano), estando el todo referido a Dios y -en ese equilibrio- a todas las cosas. Cualquier desequilibrio en un punto repercute en los otros. A ese desequilibrio Kierkegaard lo llama desesperación. La restitución del equilibrio y victoria sobre la desesperación da este resultado: uno se relaciona consigo mismo, y aceptándose a sí mismo pone su yo transparente en el Poder que lo ha puesto (2).

San Ignacio no presenta una teoría filosófica sobre el hombre; pero también él supone un orden, un equilibrio -similar del todo al de Kierkegaard- tanto que la finalidad de sus Ejercicios es precisamente restablecer ese orden o equilibrio (3). Se trata de que el hombre vea todas las cosas en Dios, y a Dios en todas ellas. Que incluso las operaciones corporales influyan, se puede notar, por ejemplo, en las reglas que propone para ordenarse en el comer (4).

II. AMBIGÜEDAD DE LAS MOCIONES Y ESTRATEGIA GENERAL DE LOS ESPIRITUS

1.- Decíamos que las mociones son sugerencias y aun impulsos para que hagamos algo, o no lo hagamos, en libertad. Toda moción suele incluir un estado de ánimo y un discurso. Atenderé a los estados de ánimo, buenos índices, aunque ambiguos, de las mociones.

Tipo 1º de estados de ánimo: sentirse bien, tranquilo, alegre, en paz, en armonía.

Tipo 2º de estados de ánimo: sentirse mal, inquieto, triste, turbado, en desarmonía.

Alguien, por ejemplo, quiere realizar una acción. Sabemos por experiencia que entonces uno puede sentir alegría, paz, identificación, certeza, como si una voz me dijera: está bien que lo hagas. O bien se siente inquietud, tristeza, desazón, duda, como si una voz ¿interior? me quisiera prevenir de realizar tal acción. Esas mociones también se dan post factum, como aprobando después de mi acción, como desaprobando; y se trata ya, en realidad, de otra moción. Un observador inexperimentado, imparcial e ingenuo diría que el primer tipo de mociones es propio del buen espíritu, y el segundo, del malo. No es tan simple. Gran parte de la dificultad reside en que las mociones como tales suelen ser ambiguas. Tanto el buen espíritu como el malo pueden comportarse o amables o feroces con respecto a nuestro bienestar.

2.- Otra dificultad para discernir los espíritus consiste en que primero he de hacer un juicio sobre mi situación espiritual. ¿Mi vida sigue un curso positivo, ie, voy creciendo, voy subiendo, a pesar de caídas eventuales? ¿O más bien mi vida es negativa, ie, voy empeorando, yendo hacia abajo? El juicio, difícil, debe ser lo más sincero y exacto posible (5).

3.- Estrategia general de los espíritus, según san Ignacio: Al que va de bien en mejor subiendo, el buen espíritu lo anima, le da ánimo, fuerzas, consolaciones, inspiraciones, quietud; le hace ver que los obstáculos no son tan arduos; le da alegría y gozo espiritual, le quita toda tristeza y turbación enemiga; y en general, entra como gota de agua en esponja, suave y amable. A ese mismo, en cambio, el mal espíritu lo entristece, lo desanima, lo turba; le presenta los obstáculos como insuperables, los ideales como irrealizables; aun con ruido estridente como agua sobre piedra; y en general se muestra terrible para con uno. No que siempre el mal espíritu lo induzca a uno de plano a lo que técnicamente llamamos un pecado; a un hombre profundamente decidido a trabajar por la justicia, rara vez lo tentará a un pecado directo, pues saldría perdiendo; pero sí lo enreda hacia un bien menor, en lugar del mayor, y esto es ya gran ganancia para el mal espíritu. Todo esto se comprende, porque al buen espíritu le gusta que el hombre vaya avanzando, y al malo, que vaya retrocediendo. La misma estrategia se muestra en el caso del hombre que va retrocediendo o cayendo; pero ahora, consecuentemente, las tácticas de los espíritus se invierten. Al que va cayendo, el mal espíritu le presenta el camino como deleitoso, con falsos placeres; y en general le facilita el camino. A ése, el buen espíritu puede atacarlo con medios terribles, punzando y mordiendo (6).

4.- Una táctica humana sera sacar fuerzas de la consolación, como el camello

que bebe mucha agua y se prepara así para los tiempos de seca. Dice san Ignacio: Quien esté consolado, piense cómo se habrá en la desolación futura, tomando fuerzas nuevas para entonces (7).

5.- Kierkegaard presenta consideraciones parecidas. Primero, sobre la existencia de las mociones: Si Dios fuera un hombre, se le podría decir: "Dame tus razones, y yo te daré las razones mías". Pero El es el más fuerte, el único fuerte, El no habla así con los seres humanos. Al hombre con quien quiere meterse, le habla a través del mismo hombre (con lo que estamos llamando *mociones*). Si la única palabra de Dios fuese la Biblia escrita, se podría jugar con El a la dialéctica, pero no es así. Por eso oír su suave susurro puede ser mucho más dulce o mucho más terrorífico que oírlo desde su trono sobre las nubes (8).

Otro texto: Ante el Dios que nos interpela, grita la gente a los cerros: ¡escóndannos!, y a las montañas: ¡aplástennos! (Os. 10,8, Luc. 23,30, Ap. 6,16). De todos los interpelados, el único que da la respuesta de la fe es Abraham; respuesta muy breve, pero difícil, pues se da en el apasionamiento de la fe, dispuesta a todo, sin pretextos ni condiciones. Dios lo llama: Abraham. Y éste responde: Aquí estoy (9).

Comentario:

- Dios, a través de sus mociones, nos pide algo. Y es hermoso que el hombre se ponga a la escucha. Casi siempre nuestra oración consiste en que nosotros le pedimos algo a Dios, y quizá nunca le hemos preguntado: ¿qué quieres de mí? En todo caso él lo dice. Su estilo puede ser terrible: como viento huracanado, con relámpagos y fuego (Ez. 1,1-28, Ex. 19,16, Act. 2,2). Ezequiel, Moisés y los apóstoles supieron así que era Dios. O muy suave: Elías pasa la noche en una cueva, y sabe que Dios hablará; hubo un huracán violento que rajó los cerros, y Elías, tranquilo; luego sobrevino un terremoto, y Elías impasible; después cayó un rayo, y Elías ni pestañeó; finalmente vino una brisa muy tenue, y entonces Elías exclamó ¡es el Señor!, y salió de la cueva para oírlo (1 Rey. 19, 9-13).

- Parece que preferiríamos este estilo de suavidad. Kierkegaard nota que éste puede ser tan terrible o más que el estilo impresionante (10).

- La palabra divina inicial puede ser muy dulce, como la simple pregunta en que muestra su amor infinito por nosotros: ¿dónde estás? Sólo que el hombre se angustia ante ella, como se angustió Adán, que se quedó sin responder. Pronunció

las palabras: me escondí (Gen. 3, 9-10); pero esas palabras no eran la respuesta, sino el esquivar la respuesta. Como si Dios nos preguntara ahora a nosotros ¿dónde estás?, y respondiéramos: aquí, en Guadalajara. Dios no nos pide una respuesta geográfica, sino espiritual: qué es de tu vida. Kierkegaard ve que la respuesta auténtica la da únicamente Abraham: Aquí estoy. Para nosotros sería difícil dar, con todo lo que implica, esa respuesta sublime. El dónde estás es una moción formidable.

6.- Kierkegaard supo también de la ambigüedad de las mociones:

La melancolía y la alegría son mundanas las dos, y las dos necesitan conversión (11). (Esto es, tristeza o alegría serán de tipo positivo sólo si proceden del buen espíritu).

Otro texto: No sentirse desesperado puede significar precisamente estar desesperado. El sentimiento de seguridad y tranquilidad pueden ser desesperación, pero también pueden significar haber vencido la desesperación y conquistado la paz. Podríamos decir que el ser humano, en cuanto espíritu, se encuentra siempre en estado crítico. Lo mismo digamos de los sentimientos de armonía, alegría y dicha. La dicha no es una categoría espiritual, y allá en lo más recóndito de la dicha puede cohabitar aquella angustia que es desesperación (12).

7.- Kierkegaard, sobre la táctica humana que saca fuerzas de la consolación: habla del soldado fronterizo en el orden del espíritu: el soldado fronterizo tendrá treguas, y aun quizá sean largas, pero él nunca sabe cuándo recomenzará la guerra (13). Y: quien ora está fortificado en extremo. Pero la fuerza auténtica es la que siempre está dispuesta, pues la lucha puede recomenzar de nuevo (14).

Comentario: Que haya consolaciones no quiere decir que uno "ya esté asegurado".

III. EMBESTIDAS FUERTES DEL BUEN ESPIRITU

1.- En los Ejercicios de san Ignacio, las mociones del buen espíritu sugieren al ejercitante el traer a la conciencia todos sus pecados, y el revisar, como eficaz detective, hasta el último escondrijo: de año en año, de tiempo en tiempo, lugares y casas donde haya estado, personas que haya tratado, oficios y ocupaciones que hubiera tenido. Y el examen no debe detenerse en la superficie ni en meras palabras, sino que he de ver cada pecado en su horror y fealdad propia; y luego he

de ver cómo todo eso salió de mí, de manera que acabo por verme como un monstruo lleno de llagas, pestilente, ponzoñoso y que provoca náuseas. Tanto, que de pronto exclamo con crecido afecto cómo las creaturas, instrumentos de la justicia divina, no me han aplastado y aniquilado. La finalidad de esta oración es llegar al encuentro amoroso con Dios, que me sigue esperando y dando vida, para que yo recupere la pureza y hermosura que El una vez me dio. Que este ejercicio haya que hacerlo con toda seriedad y aun inmisericorde conmigo mismo, lo muestra la plegaria preparatoria, en que pido a Dios intenso dolor. Lo mismo se muestra por los sentimientos previos que he de fomentar: verme atado o en cadenas, yendo ante el eterno juez. Igualmente hay útiles recursos adicionales como hacer la oración en la soledad, donde mis ocupaciones ordinarias no me distraigan (15).

2.- Kierkegaard propone una experiencia semejante; en la fe, entregarse a la acción de la angustia. Ningún espía ataca con tanta astucia a los sospechosos, como la angustia. Sus ataques son horrendos, pero no hay que esquivarlos. Cuando la angustia se anuncia, y da a entender insidiosamente que acaba de inventar medios terroríficos totalmente nuevos, y que ha llegado a ser más espantosa que nunca, él no retrocede, ni trata de ahuyentarla con ruidos y confusión, sino que le da la bienvenida solemne, a la manera como Sócrates tomó firme la copa de cicuta. El individuo se encerrará a solas con la angustia, y como paciente le dirá al cirujano en el momento mismo de la operación: ¡estoy dispuesto! Y la angustia le invadirá el alma toda entera, y escudriñará cada rincón, expulsará todo lo finito, y lo conducirá a donde él quiere (16).

Para ello, Kierkegaard recomienda ir a la soledad más completa, a los abandonados páramos de Jutlandia (17). Y en general, la idea de la soledad interior requerida para la vida espiritual viene expresada con otra figura: en altamar, sobre el abismo de setenta mil brazadas de agua, y lejos de toda ayuda (18).

3.- En otro texto kierkegaardiano se ve que la desesperación tiene dos sentidos: uno, el de enfermedad espiritual; otro, en la fe, de remedio saludable. El estado de pecado es desesperación; ésta puede ser inconsciente, y si se mantiene así es muy peligrosa. La solución está en llevar esa desesperación al más alto grado de conciencia (19). Y, ligando con otro texto: ¡Desespera! Te exhorto a ello no como a un consuelo, ni como a un estado en que debas permanecer, sino como a un acto que requiere toda la fuerza, toda la seriedad y todo el recogimiento del alma. Quien no haya gustado la amargura de la desesperación, se equivoca sobre el sentido de la vida. Si uno desespera sólo sobre un punto, corre el riesgo de no ser profundo ni verdadero. Desespera con toda tu alma, y pronto. Mientras más tardes, las

condiciones serán más difíciles, y la exigencia será la misma. Como le pasó a Tarquinio, que quería comprar una colección de libros a una mujer, pero que no quería pagar la suma exigida por ésta. La mujer quemó la tercera parte de la colección, y siguió exigiendo la suma anterior, aunque la colección ya había quedado incompleta. Por eso Tarquinio tampoco quiso pagar esa cantidad. La mujer quemó entonces otra tercera parte, y siguió exigiendo la suma original, ya sólo por lo que quedaba. Tarquinio tuvo que pagar todo sólo por la tercera parte. Desesperar profundamente conlleva el arrepentimiento. El resultado de este desesperar, se supone en la fe, es la armonía, de que antes hablamos, con Dios, consigo mismo, con los demás hombres y con toda la creación. Es la victoria sobre el mundo. La desesperación no es una ruptura, sino una transfiguración: tu espíritu se libra de la tristeza, y el mundo reencuentra su belleza y su alegría. Liberado, el hombre se moverá en la libertad. Hay un peligro: desesperar, pero no profundamente (ie, con arrepentimiento total ante Dios y ante los hombres), o sólo al nivel finito (ie, sólo de aspectos parciales, o quedarse en el remordimiento, sin llegar al arrepentimiento). Pero ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? (20).

Comentario

La última frase, Mt. 16,26, importante en Kierkegaard, lo es también en san Ignacio.

En la noción de libertad, Kierkegaard coincide con san Agustín. Dice Kierkegaard: Se suele oponer libertad a necesidad, esto es, se la concibe como una categoría de la reflexión. Y no es así. Lo contrario de la libertad es la culpa (21).

San Agustín distingue entre libre albedrío y libertad. El libre albedrío es la facultad de elección. La libertad es el libre albedrío que se usa para conseguir el verdadero fin. Cuando se usa el libre albedrío para hacer el mal, ¡no se realiza la libertad, sino que se pierde! ¡Se pasa al estado de esclavitud! Sólo somos libres cuando hacemos el bien, y entonces cada vez se acrecienta la libertad. La libertad es el gozo de hacer el bien (22).

4.- Kierkegaard describe otra feroz embestida del buen espíritu: cuando se detenga el reloj del tiempo, y en torno a ti todo sea silencio, seas varón o mujer, rico o pobre, dichoso o desdichado, famoso o no, la eternidad sólo te preguntará una cosa: si tu vida fue o no desesperación; y si, desesperado, no lo sabías; o si mantuviste esa enfermedad oculta como angustioso secreto, como se esconde el

fruto de un amor culpable; o si, desesperado, aullabas con espanto de los demás. Y si tu vida fue desesperación, ¡qué importa lo demás! Victorias o derrotas, para ti todo está perdido: la eternidad no te reconoce por suyo; no te conoce, o peor aún, identificándote, te clava a tu yo, ¡a tu yo de desesperación! (23).

5.- El texto anterior de Kierkegaard es paralelo a la meditación ignaciana sobre el infierno: entre grandes fuegos, las almas ígneas, con llantos, alaridos, blasfemias, olores repugnantes, amarguras, tristeza, y el gusano de la conciencia (24).

Comentario

Puede dar la impresión de sadismo tanto en Kierkegaard como en san Ignacio, pero tal acusación no sería sino un pretexto nuestro. Nadie acusa al cirujano de hacer una operación dolorosa en sí o en sus consecuencias. Más bien hay que tomar en serio el mundo del espíritu. Tomemos en cuenta que en ambos las mociones llevan a Cristo en la Cruz, el Liberador. Y que en conjunto los dos son sumamente amables con el hombre. Y que ellos no inventan, sino que transmiten su experiencia: la embestida fuerte del espíritu.

La meditación de los pecados en san Ignacio, y la desesperación en Kierkegaard no son fenómenos aislados en el mundo del espíritu. Los encontramos en ambientes muy diversos, que cité en mi segunda conferencia: Platón, Pascal, Oscar Wilde, y ciertas experiencias de algunos hippies en el llamado *viaje*, que es un viaje interior.

IV. DULZURAS SUBITAS DEL BUEN ESPIRITU

1.- En las reglas para los que van de bien en mejor, san Ignacio dice que es exclusivo de Dios el dar consolación sin causa precedente; porque es propio del Creador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola al amor de El. Sin causa, ie, sin ningún previo sentimiento ni conocimiento de algún objeto (25).

2.- Kierkegaard era muy melancólico, cosa que pocos sospechaban. Por su diario personal sabemos que mientras era él el alma de las fiestas, quería darse un tiro en la cabeza (26). Por ello es del más alto interés otra nota del diario: "Si Cristo ha de venir a mí, vendrá estando las puertas cerradas" (27). Y así fue. Muy pronto escribe unas líneas inusitadas en un hombre tan melancólico, que indican la súbita

dulzura de una consolación interna: "¡Alégrense, de nuevo les digo, alégrense!" (Fil. 4,4): No un gozo por eso o aquello; me gozo en mi gozo, dentro, desde, por, sobre, con mi gozo (28). A Kierkegaard le quedaría grabado que Dios es amor.

V. CONSOLACION QUE CONFORTA EN LA DESOLACION

1.- San Ignacio, cf. supra II, 3.

2.- Kierkegaard: Quien a pesar de grandes dones exteriores no escoge la puerta ancha, sino el dolor, la miseria y la angustia, sostiene muy pesada lucha, pues hay momentos en que lamenta haberla emprendido. (Notemos: es el caso típico de quien va de bien en mejor, atacado ahora por el mal espíritu con las armas de la tristeza y del desánimo, pero el buen espíritu lo va a consolar). La melancolía le hará soñar en la vida tan sonriente que hubiera sido la suya de haber seguido el camino inmediato de sus talentos. En el horror extremo de ver todo perdido, porque el camino que quiso seguir le parece ahora impracticable, y el otro lo cortó él mismo, oirá una voz que le dice: ¡Animo, hijo mío, adelante!, porque quien lo pierde todo lo gana todo (29).

3.- Ayuda relacionar el último texto con este otro: El hombre religioso va transformando su existencia en la muerte a lo inmediato, esto se realiza lentamente, pero la representación de Dios lo toma a cada instante, y lo consume como sol abrasador. Quien nunca ha ido con lágrimas al lecho, no porque no pueda dormir, sino que ya no se atreve a velar; quien nunca se ha quedado mudo ante lo inefable, nunca debería hablar de la existencia religiosa (30).

VI. UNA CARACTERISTICA DEL MAL ESPIRITU: QUIERE PERMANECER OCULTO

1.- San Ignacio: El mal espíritu se porta como el amante que quiere quedar secreto y no ser descubierto. Al requerir a la hija de un buen padre, o a la mujer de un buen marido, quiere que sus palabras y seducciones sean secretas; y lo contrario le desagrada mucho, cuando la hija lo descubre al padre, o la mujer al marido, pues el amante comprende que no podrá llevar a cabo su empresa. De la misma manera, cuando el mal espíritu trae sus astucias y seducciones, quiere que sean recibidas y tenidas en secreto. Y si uno lo descubre a su buen confesor, o a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicia, mucho le pesa, pues ve que no podrá

salir con su malicia comenzada, al ser descubiertos sus engaños (31).

2.- Kierkegaard: Aquella puerta condenada, tras la cual no había sino la nada, aquí es una puerta cuidadosamente cerrada, tras la cual el yo, cuidándose a sí mismo, se rehusa a ser él, y sin embargo es suficientemente yo para amarse a sí mismo. Esto se llama incomunicación hermética. El hombre hermético no inicia a nadie en el secreto de su yo. No pierde por ello el aspecto de un hombre vivo. Puede ser, por ejemplo, casado, culto, burócrata, con porvenir, solícito con sus hijos. ¿Cristiano?, sí, a su manera. A veces le viene cierto deseo de soledad, como para respirar -y esa necesidad de soledad muestra siempre que hay espíritu-; y pasa en la soledad algunas horas que tienen que ver con lo eterno, pero que no son vividas para la eternidad. Si alguien le dijera que su hermetismo es, en el fondo, orgullo, él no lo aceptaría. En su intimidad quizá sí, pero la pasión con que comprendió su debilidad le haría caer en la ilusión de que no se trata de orgullo. Tal vez reconozca, en un momento de calma, que debería abrirse, pero la pasión lo devuelve de nuevo al hermetismo. Puede darse que se lance a grandes empresas, como espíritu inquieto que quiere olvidar. Y cuando sea fuerte el rumor interno (ataques del buen espíritu), recurrirá a fuertes medios, al estilo de Ricardo III que hace sonar los tambores a todo lo que dan, para no oír las maldiciones de su madre (muy fuerte ataque del buen espíritu). Otro caso es el que intenta olvidar dedicándose a la sensualidad y al libertinaje. Si el hermético se mantiene en su hermetismo, puede terminar con el suicidio. Si llega a comunicarse con alguien, el suicidio puede ser evitado. A no ser que luego el hermético desespere de haberse confiado. Un poeta tendría material si nuestro héroe mata al confidente, o a una serie de confidentes (32).

3.- También: Esperar en la posibilidad de ayuda, en virtud del absurdo pensamiento de que para Dios todo es posible, ¡eso jamás! ¡por nada del mundo! Prefiere ser él mismo, aun con todos los tormentos del infierno, y no pedir ayuda (33).

4.- Igualmente: Lo demoníaco es la no libertad que quiere incomunicarse, pero esto es imposible, pues conserva siempre alguna relación. La angustia se muestra de inmediato al contacto con el bien (que viene a salvar, pero con medidas drásticas). La expresión *incomunicado* (aislado, oculto, hermético, mudo) ha de entenderse aquí en un sentido muy preciso, pues en otras ocasiones puede indicar la más alta libertad, el estar a solas con Dios; sólo que en este caso el hombre está totalmente abierto, en el orden del espíritu, a los demás, así se aísle físicamente del mundo entero. Lo demoníaco de que aquí hablamos es una relación no libre con el

bien, y que de suyo se mantiene muda; sólo que al acercársele de fuera el bien, la libertad, puede prorrumpir en un alarido, como el endemoniado en Lc. 8,28: "¿Qué entre ti y mí, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Te suplico, ¡no me atormentes!" El endemoniado, presa de la angustia, rompe a hablar contra su voluntad. Los conflictos del callado hermético frente a la revelación o transparencia pueden ser muy variados:

Uno puede desearla, con tal que venga de fuera (que otro lo manifieste). Aquí hay un mal entendido, pues la no-libertad puede subsistir aunque la situación del ensimismado mejore.

Otro intenta la revelación sólo hasta cierto punto, pues se queda con algo para recomenzar, fresco de nuevo, su hermetismo. Esto suele darse en los demonios inferiores, incapaces de nada grande.

Otro desea la revelación, pero permaneciendo él incógnito. Tal es la contradicción más sofista del fenómeno. Triunfa la revelación, pero el ensimismado hace un último esfuerzo, y transforma la revelación en una mistificación. Así se comprende que la incomunicación signifique mentira, no verdad, esto es, no libertad. Etc. (34)

VII. EMBESTIDAS FUERTES DEL MAL ESPIRITU

1.- San Ignacio, passim.

2.- Kierkegaard, cf. supra V,2, e infra IX.

VIII. ARGUCIAS DEL MAL ESPIRITU

1.- Típico del mal espíritu es causar confusión, para que confundidos no hagamos lo mejor. San Ignacio recomienda, en tiempos de desolación no hacer mudanza, sino estar firme en las decisiones tomadas antes de la desolación; y que se luche contra la desolación instando más en la oración, examen y penitencia (35).

2.- Según san Ignacio es típico del mal espíritu buscar el punto débil de ataque: como un capitán asentando sus reales y mirando las fuerzas y disposición de un castillo, combate por la parte más débil, así el enemigo de la naturaleza humana:

rodeando mira entorno a nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más débiles y necesitados para nuestra salud eterna, por ahí nos combate y procura tomarnos (36).

3.- San Ignacio hace notar también que es propio del mal espíritu militar contra la alegría y consolación espiritual de quienes van de bien en mejor, y les presenta razones aparentes y sutilezas constantes. También es propio del ángel malo disfrazarse de ángel de luz, entrar así con el alma devota, y salir consigo, es a saber: traer pensamientos buenos y santos, conformes a la tal alma justa; y después, poco a poco, procura salir trayendo al alma a sus engaños cubiertos y perversas intenciones (37).

Comentario

Conviene ilustrar con un ejemplo. Supongamos dos hombres cuya vocación (insisto, nos movemos en este supuesto, que de hecho habría que verificar) es la de vivir en pobreza, uno como religioso y otro como laico casado, al servicio de la verdad. Y cada vez van de bien en mejor. Esto no le gusta al mal espíritu. Sólo que aquellos, con la ayuda de la gracia, son muy fuertes. El mal espíritu sabe que una tentación grosera para que cometan directamente un pecado los hará en realidad más fuertes. Entonces intentará solamente -por lo pronto- enredarlos, para que no avancen tanto, siendo claro que el avanzar menos, equivale, en el orden del espíritu, a retroceder. Es posible entonces que disfrazado de ángel de luz, el mal espíritu comience sus mociones con buenos pensamientos, por ejemplo, que han de trabajar eficaces al servicio de la verdad; poco a poco, aun influyendo quizá en los eventos de la vida, les haga ir pensando que para el éxito es menester tener dinero y posesiones, o poder e influjo; y al final los tenemos bien instalados, en contra de lo que Dios les había indicado como su camino, de servirlo en pobreza.

El mal espíritu puede usar otros recursos. Veamos al laico, que en el supuesto vio una vez con toda claridad que su vocación sería la de casado, y con esta joven en concreto, con la que ya se casó y comparte elevados ideales. No sería extraño que el mal espíritu, conociendo los elevados ideales del joven, lo ataque con dudas muy suaves al principio y más fuertes después, si habrá hecho bien en casarse, si lo mejor no hubiera sido elegir la vida religiosa, pues, por ejemplo, su actividad conyugal y doméstica le quitan un tiempo precioso para su tarea externa por la verdad, o por la justicia social. No es difícil que en casos benignos el mal espíritu logre, por lo menos, que nuestro héroe se entregue a cavilaciones dulces o amargas, que disminuyan su energía, y, por tanto, su eficacia. En este caso se aprovechaba de

la elevación del joven; o mejor dicho, atacaba a éste, pero por el punto débil, un principio, muy sutil y escondido, de vanidad. La vanidad no está en querer llevar una vida elevada y eficaz; más bien en no proseguir en la senda indicada por Dios, y buscar, y preferir, los propios y muy humanos parámetros de eficacia. En cambio, al otro joven, el mal espíritu lo atacaría con otras mociones -aunque en el fondo es la misma táctica. También es un joven de altos ideales, tanto que lo dejó todo, aun el matrimonio, por Cristo, y para servir a la verdad -o a la justicia social- en el estilo del amor universal. A éste, el mal espíritu le sugerirá paulatina, cuidadosa y delicadamente que el amor universal es un tanto abstracto e irreal; que el hombre es no sólo espíritu, sino cuerpo también; que no es bueno que el hombre esté solo (nunca hay que creerle al diablo aunque diga la verdad); que las broncas de la Iglesia y de la vida religiosa no son precisamente el paraíso de ensueño que una vez lo entusiasmó; quizá, el proceso ya avanzado, aun le llegue a funcionar -no al nivel consciente- la idea de que sacrifica demasiado para la Iglesia y su Congregación, al menos tal como están. El joven no ha hecho ningún acto formal de orgullo, pero el orgullo funciona ya, incipiente: ni la Iglesia ni su Congregación son dignas de él. Tal era su punto flaco, el orgullo intelectual, punto que tenía muy protegido -a él jamás se le habría ocurrido que era orgulloso-, pero que desprotegió al ceder ante las argucias seductoras del mal espíritu. En el caso extremo abandona todo; si no es tan extremo, no abandona, pero se acentúa su orgullo, por ejemplo, en el desprecio, sutil o no tan sutil, hacia los demás; o bien acaba cada día exhausto por la lucha, y baja por fuerza el rendimiento en su tarea exterior. El éxito mínimo del mal espíritu -¿mínimo? ¡ya es un gran triunfo!- es en ambos casos que nuestros jóvenes -o adultos, o ancianos- es que no serán del todo felices, siendo así que la voluntad de Dios no es sólo que cumplan con su vocación, sino que cumpliéndola, aun con fuertes dificultades exteriores, sean felices.

4.- Kierkegaard toca este punto: Podrá el hombre pasar por pruebas, sufrimientos y renuncias espantosos, pero oye esta voz: ¡El hombre religioso es siempre feliz! Es la palabra más desalentadora, y al mismo tiempo la más magnánima que se haya dicho jamás (38).

5.- Kierkegaard, a propósito del hombre que deseando comenzar a subir no puede comenzar, víctima de las argucias del mal espíritu: El pecado es una realidad injustificada; por tanto ha de ser abolida. De este trabajo va a encargarse la angustia. Este es el campo de su astucia sofisticada. Mientras la realidad del pecado tiene agarrada una mano de la libertad, como el Comendador con su derecha helada tiene a Don Juan, gesticula la otra con sus decepciones, engaños y retóricas (39).

6.- Kierkegaard, a propósito de quien va de bien en mejor: Satanás no podía nada contra la Iglesia militante; entonces se dijo Satanás: Así me es imposible triunfar. Y cambió de método. Poco a poco fue haciendo creer a la Iglesia que ella ya había vencido; que era ya hora de descansar después de la lucha, y de gozar de la victoria. La hizo creerse que era ya una Iglesia triunfante (40).

Comentario

El triunfalismo puede revestir muchas formas en los individuos concretos, por ejemplo, en la soberbia de quien considera que no se equivoca nunca, y que tiene razón contra todos. Puede darse en el terreno del pensamiento filosófico, de la ortodoxia en religión, de las decisiones políticas o militares, o del mundo del hogar. Se suele traducir en no saber oír al otro, y remata en la intolerancia de otras maneras de ver, pensar o actuar.

7.- Kierkegaard también presenta un caso trivial -no por ello menos intenso- de artimañas del mal espíritu en el caso de un hombre que viviendo religiosamente va superando fuertes luchas espirituales. Nuestro héroe siente necesidad de descanso y piensa ir al parque de diversiones. Se conforta con la consideración edificante de que Dios conoce mejor que nadie las necesidades terrestres, la confusión en que uno puede sumergirse, la necesidad que tiene un hombre de descanso y de sueño. Nuestro héroe decide ir al parque de diversiones. Alguno diría: ¡pero no se divierte! Claro que se divierte, porque la expresión más humilde para con Dios es la de aceptar la propia humanidad, y divertirse es humano. Irá hoy jueves al parque. Sabía en general que necesitaba distracción, pero no se sigue que sea hoy. (El mal espíritu intenta perturbar manipulando la alta espiritualidad y sentido de exactitud de este hombre). Nuestro héroe se asegura ante todo de que no se trata de mera veleidad o capricho. Y está persuadido de que Dios no lo abandona, sino que lo ayudará. Pueden mezclarse otras argucias: si no será mejor hacer hoy un sacrificio, y dejarlo todo para el viernes (o si se quedará 3 horas, ó 2, ó 4); se despierta la irritabilidad humana (típico ataque del mal espíritu), que siente el aguijón de esta dependencia, irritabilidad arrogante e impaciente: la relación con Dios no hay que ponerla en bagatelas, sino en las grandes decisiones. Pasa la tempestad, como tempestad en un vaso de agua, pues nuestro héroe guarda silencio ante Dios, aprende a bajar el tono, y con gozo decide ir hoy, jueves, al parque. Y si vuelve a pensar que eso sería una falta, aparta esa idea, pues un pensamiento fugitivo no debe perturbar una decisión madura (41).

IX. EL EXPERIMENTO DEL HERMANO TACITURNO

Veamos como recapitulación, el caso del libro de Kierkegaard **¿Culpable o no culpable?**, escrito por el pseudónimo Frater Taciturnus, que es el tercer libro de la obra **Etapas en el Camino de la Vida**. Dejando de lado la medida en que Kierkegaard se haya proyectado o no, vamos al caso.

1.- LA HISTORIA

Se trata de un joven con grandes dotes del intelecto y del espíritu; tan grandes que Dios deja que el joven adquiera un carácter muy melancólico, no fuera que con sus dotes hiciera daño en lugar de bien. Dios le tiene asignada una tarea -de la cual prescinde el libro- ; y para prepararlo, deja que se enamore tanto de una joven, que él dice: o ella o nadie. El joven, de temperamento muy caviloso a causa de su melancolía, tarda mucho en declararse; al fin lo hace, y para su gran alegría la joven le da el sí. Pero ya esa misma noche entra en otra cavilación, si hizo bien en declararse, pues siendo melancólico no podrá hacerla feliz; además él tiene secretos de familia incomunicables, mientras está persuadido de que la relación entre esposo y esposa ha de ser transparente, sin secretos; y lo peor es que le parece oír la voz de Dios que le dice: déjala. Da la impresión de que Dios, con el enamoramiento, hubiera querido templar el alma del joven, no que se casara. Hay fuertes protestas interiores del joven, pero decide seguir la moción divina.

Sugiere entonces a su novia que rompan, pero ella se opone, y se entabla penosa guerra de nervios, hasta que un día él le devuelve, por correo, el anillo de compromiso. ¿Pero qué hace ella? Va a mi casa y, como estaba yo ausente, deja un escrito: "Si me dejas, moriré", y me conjura, por lo que más quiero -mi padre y Dios- que no la abandone.

El joven, sintiéndose ligado por invocaciones tan altas, continúa el noviazgo, pero sabe que ha de romperse. Como él no puede hacerlo, quiere que ella lo haga, y trata de convencerla. Es inútil. Entonces intenta que ella se canse de él, para lo cual lleva el noviazgo sin pasión ni positiva ni negativa, sino como por rutina. Aun astutamente finge engañarla con otra. Sólo que ella se da cuenta de todo, y se apega cada vez más a él. Así que él no tiene más remedio que romper brutalmente, no obstante las lágrimas y otros recursos -infinitos en número y femineidad- de ella.

Todo tardó seis meses. Consumada la ruptura, el joven entra en estado de letargo durante otros seis meses. Al cumplirse el aniversario comienza él a revivirlo

todo en forma de diario. El problema se complica, porque de vez en cuando y como de casualidad se encuentran en la calle, y aun piensa él que ella se le hace encontradiza. El la ve, o cree verla, pálida y sufriente; quizás aun muera, y él se convierta en asesino. A veces parece que ella quiere saludarlo o sonreírle; él, sin hablarle sigue impávido su camino, pero cuando ya no están a la vista, él está para desplomarse.

Durante el día lleva él sus ocupaciones ordinarias, y pasa sufriente e insomne las noches, noches tempestuosas, en que le parece oír el aullido de lobos rabiosos. ¿Dios se la devolvería? ¿Su caso no era como el de Abraham, que sacrificó a su hijo para recibirlo con nuevo y más potente gozo? Ella le dijo que si la dejaba, ella se moriría. Entonces él sería culpable de asesinato, pero el veredicto no puede pronunciarse aún, pues ella no ha muerto todavía. ¿Y si se volviera loca? ¿O simplemente él dio una importancia literal a las palabras de ella, mientras ella las dijo sólo por decir algo, como quien dice: ¡qué calor hace!? ¿Y si Dios revoca la orden? En todo caso, por las dudas, o por romanticismo, cuando él compra algo, lo compra doble: tazas, platos, sillas, todo.

¡Ojalá se hubiera desplomado muerta de inmediato, ahí mismo, ante mis ojos, al momento de la ruptura! La familia habría acudido, me habrían llevado a los tribunales, y yo habría solicitado mi ejecución inmediata, sin formalidades. Eso tendría sentido. En cambio, ahora: el sin sentido. No soy sino un bobo que tomó demasiado en serio el decir de una muchacha.

(La lucha intensa de las mociones puede apreciarse en este pasaje:) Cuando la tempestad nocturna se enfurece y se oye como presagio los aullidos de un lobo hambriento; cuando en la angustia del naufragio se imagina uno tener una tabla de salvación y ésta no es sino débil ramita de paja; cuando no se puede pedir socorro a la siguiente cabaña, porque nadie osa aventurarse fuera tal noche y, por tanto, no sirve de nada gritar; entonces aprende uno a poner su confianza en otra cosa que en gendarmes, alarmas y vigilantes nocturnos. Sin embargo todo pudo ser tan diferente: pasar días alegres, de juventud, tener una boda feliz, vivir normalmente, sí, alguna vez estar enfermo, pero ser atendido por el prestigiado doctor D; y en las cosas espirituales ser ayudado por el serio confesor C; ir adquiriendo estimación; conocer otras familias simpáticas, y formar un pequeño y agradable círculo; y en fin, morir. (Todo esto en medio de las intensas cavilaciones del joven). ¿Por qué no sería bello haber tenido una juventud dichosa, y haber conocido al doctor D y al confesor C...? ¿Eso es lo máximo...? Si eso es lo máximo, entonces preferiría no haber perturbado ni al uno ni al otro, ¡sino oír el aullido de los lobos y aprender a

conocer un poco a Dios!

El supuesto sufrimiento de ella le preocupa; ella además no podrá comprenderlo nunca. Pasados los seis meses del recuerdo, el joven vuelve a caer en letargo. Todo anuncia que al cumplirse el segundo aniversario, se reentrará al proceso.

Nota.- Es obvio el carácter caviloso del joven. Primero cavila: me declaro o no me declaro. Después: rompo o no rompo. Luego las cavilaciones se multiplican: culpable o no culpable; ella muere o no muere; Dios me la devuelve o no me la devuelve; o simplemente regreso o no regreso con ella. ¡Si al menos se me concedieran unos meses de felicidad con ella, daría toda mi vida; o que me dieran sólo una semana, o un día, o un instante: nos casamos y en la cámara nupcial me suicido!.

Ante todas estas cavilaciones y propuestas, el cielo, inflexible, guarda silencio.

2.- EL DISCERNIMIENTO DEL HERMANO TACITURNO

El joven hace también discernimiento, al paso; por sencillez presentamos aquí sólo el de su doble, el Hermano Taciturno. Pero antes conviene dar alguna idea de las tres maneras fundamentales de existir, según Kierkegaard.

a) El hombre estético quiere llevar una vida hermosa, interesante, libre de hacer lo que quiera; no atado a nada, para tener todas las posibilidades abiertas y no aburrirse. Sexo sí, pero no compromiso esclavizante con una sola persona. Ocupación interesante y entretenida sí, pero no trabajo fijo. Actividad sí, pero sin ligarse a ningún grupo social o político. Como quiere tener todas las experiencias es, más que existir, una posibilidad de existencia.

b) El hombre ético quiere llevar una vida ética. Primero fue estético, pero cayó en la cuenta de que la vida estética es desesperación. Un día desesperó hasta el fondo, y sostenido por la gracia, al verse como repugnante y monstruoso nido de pecados, se arrepintió, y transfiguró toda su vida, le dio equilibrio y armonía. Es un hombre casado que no ve en su mujer un objeto, sino una persona, una compañera, un don de Dios. Para él, la vida matrimonial es la vida más hermosa, el más interesante viaje de descubrimiento y de creación mutua. Tiene una tarea, una vocación en la vida, a la que se consagra con toda la pasión. Y se lleva la grata sorpresa de que esta vida ética es la verdadera vida estética. El ya no es mera

posibilidad de existencia, sino que existe. El estético se aburría con el tiempo; el ético no se aburre, sino que vive feliz continuamente, y triunfa del tiempo.

c) El hombre religioso es el tocado directamente por Dios, aun por encima de lo que comúnmente llamamos ética. Pensemos en Abraham, a quien se pide, contra el precepto no matarás, el sacrificio de su hijo. Pensemos en lo que dijo Jesús, por encima, como parece, del honrarás a tus padres, que quien no deja padre y madre y todas las cosas, no es digno de ser su discípulo: y no pensemos forzosamente en lo que llamamos la vida religiosa de franciscanos, jesuitas o cartujos, sino que todo hombre puede ser embestido. Ni siempre se trata de renunciar a la amada, sino a cualquier *cosa adquirida*, como diría san Ignacio.

Este hombre, si sigue la moción divina, ya no es, como el estético, mera posibilidad de existencia; ya no existe como el ético; sino que rompe con la existencia. El tiempo significa para él no continuidad, sino rupturas y saltos; renuncias auténticas a lo Abraham y recuperación también a lo Abraham. Renuncia en verdad a todo, no de palabra ni por cálculo, como nunca nadie ha renunciado; pero, por paradójico que pueda parecer, recupera todo como nunca nadie ha recuperado. Y se le pide que en la plenitud de la renuncia y de la certeza, en la fe de la recuperación -a los ojos humanos absurda- sea del todo feliz.

En el experimento que estamos viendo, se supone que el joven ha sido llamado a esta manera religiosa de vivir. Esto supuesto, veamos el discernimiento del Hermano Taciturno. Su conclusión es que el joven no llegó realmente a la vida religiosa, sino que encalló a medio camino, víctima de las artimañas del mal espíritu. Ya no está en la esfera ética, ni llegó a la religiosa: se quedó atrapado en la esfera demoníaca. En efecto:

Al joven se le pide un movimiento doble: amor apasionado a la joven, amor apasionado a Dios, de tal manera que a ella la ame en Dios. Teóricamente es posible que en esta relación lo correcto sea seguir con ella y casarse; en nuestro supuesto se le pide seguir amándola en Dios, pero dejarla y no casarse. ¿Qué pasa de hecho? Rompe y no rompe, la deja y no la deja. Lo tenemos al nivel de la protesta. El amor es dialéctico en sí mismo, y en la crisis de la reflexión infinita toma tinte religioso.

Notemos que el mal espíritu ataca el lado débil del joven: la melancolía. Cuando él y ella están físicamente presentes, él es más fuerte; fuerte y aun cruel en la ruptura y en los encuentros fortuitos posteriores. Cuando no la tiene físicamente ante él, sino piensa en ella, como la ve a la luz de la idealidad de él, la joven se

transforma en una figura gigantesca y abrumadora. (En otros casos puede ser al revés). Estando con ella, hablándole, él es dueño de su razón y es fuerte. Figurándosela, no osa fiarse él de la razón, y entonces lo religioso se abriría paso decididamente. El no puede nada contra esa figura, aterradora, de ella.

El que él caiga en estado como de extinción es una expresión enérgica de su amor. En cambio ella expresa enérgicamente su amor en forma de erupción violenta. Fue lo peor que pudieron hacer uno por otro. El está a punto de salir de la crisis; lo aberrante en él es que se aflige con toda su pasión, y así se absorbe más y más en sí mismo. (Lo cual, en principio, lo debilita, aun lo anula para su tarea -y esto sería un gran triunfo del mal espíritu). De haber hablado con ella, él reencontraría su razón, pero esto sería un obstáculo al proceso religioso. Toca él la realidad, pero como por la tangente, y esto lo mantiene fluctuante. Ahí es donde lo religioso se ha de consolidar.

Nuestro héroe idealiza a la joven, y con la pasión del arrepentimiento ve en ella espantos inexistentes. Esto es lo bueno y lo excepcional en él, pero también lo demoníaco (lenguaje del Hermano Taciturno, que en lenguaje ignaciano se diría: víctima del mal espíritu), pues no llega a descansar en su decisión religiosa, sino que se mantiene siempre en tensión. Que se mantenga fluctuante, en suspenso (cavilación como de péndulo), es una expresión apasionada de su amor a ella, pero también lo demoníaco (recordar a san Ignacio: el mal espíritu manipula los buenos pensamientos y sentimientos). El tendría que dejar en paz su decisión religiosa, y no dejarla que se haga dialéctica. El tuvo mucha energía a lo largo del proceso, pero en el momento decisivo de la pasión religiosa, se hace dialéctico.

Ella cree que él la ofendió al romper el compromiso. Pero él no fue culpable en eso. Su falta consistió en contraerlo, pues no podría llevar a cabo lo comenzado. Tuvo otra falta -y dicho sea en su honor-, que le aplicó a ella una medida demasiado grande. En la ruptura él no es culpable, pues rompió en exaltación simpatizante por ella. Por otro lado, ella es también culpable. Su falta consistió en servirse de armas éticas para ligarlo a ella, y por haber intentado pasos de los que no podía ni adivinar las consecuencias. El resultado de todo es que en realidad no se aman. El no ama, porque le falta la espontaneidad, el primer fundamento de lo erótico. Ella no ama, pues si bien tiene la espontaneidad, debería ser capaz de renunciación; entonces se vería que no sólo es ella misma a quien está amando.

Un buen consejero religioso le diría al joven que descansara en su decisión; y que si bien se encuentra acosado de peligros, que ahí debe ser feliz. No hay que

estarse lamentando de una decisión tomada correctamente en el orden del espíritu (Comparar con san Ignacio: en tiempos de desolación, no hacer mudanza. Principio importante en nuestra vida cotidiana: pensemos, por ejemplo, en el que en un momento de confusión tormentosa decide divorciarse).

Escolios

1ª En otra obra (42) presenta Kierkegaard el caso de tres famosas mujeres cuya vida se arruinó al encallar en un proceso de oscilación sin fin. Los tres casos son trágicos -fueron también víctimas de las artimañas del mal espíritu-, pero se distinguen del experimento del Hermano Taciturno en que ellas no se mueven en la esfera religiosa.

a) María Beaumarchais. Clavigo se compromete con ella, la deja. María se pone a cavilar: lo ama, o lo odia; Clavigo volverá, o no volverá; es un engañador miserable, o no. Quizás no me amaba, y entonces no me engañó; más bien quedándose me habría engañado. Pero no; sí me amaba, y entonces, al irse, me engañó. El interrogatorio no acaba nunca.

b) Doña Elvita. Abandona el convento por Don Juan. Por eso su desesperación es terrible al ser abandonada. Quiero olvidarlo, o matarlo y se acabó. Pero si lo mato, ya no tendré objeto para mi odio. La cavilación se asemeja a un péndulo que no se detiene jamás.

c) Margarita. Si deshoja la margarita con el "me quiere, no me quiere", no es por curiosidad, sino por humildad. Fausto la abandona, y Margarita entra a cavilar sin fin: ¿puedo olvidarlo? ¿puedo recordarlo?

2ª No es éste el lugar de atender a los pormenores de la recuperación, categoría que Kierkegaard saca de la Sagrada Escritura, y que contrapone a la reminiscencia griega y a la mediación hegeliana. Tal categoría es decisiva en muchos problemas, como en el problema filosófico: qué es el tiempo. Aquí la mencionamos, de paso, en torno al discernimiento de espíritus. Job pierde todo, y recupera todo con un gozo mayor que el primero (43). Abraham sacrifica a Isaac -la substancia de su vida-, y lo recupera también con un gozo superior. ¿Es el caso de todo hombre? A quien realiza este doble movimiento de la renuncia total y de la certeza absoluta en la fe de que recuperará todo, Kierkegaard lo llama el caballero de la fe, y lo describe así: Vive plenamente en el mundo. No se le nota ningún aire melancólico, ni vidriosa mirada. Ni siquiera en el templo toma una actitud de devoción llamativa,

como cruzar los brazos sobre el pecho o entornar la mirada. Disfruta de todo, y atiende a todas las cosas como el hombre más común y corriente. Puede ser un empleado, un médico, un burócrata, un hombre de la calle. Quizás fuma, y aun come con un apetito a lo Esaú. Y sin embargo, realiza a cada instante un doble movimiento: el de la renuncia infinita -¡renuncia de veras a todas las cosas!-, y al mismo tiempo disfruta de lo finito como nadie lo disfruta, pues lo recupera en Dios. Se asemeja a un danzante maravilloso, que al caer parece estar al mismo tiempo parado y en movimiento, saltando y yendo a tierra sin ningún trastabilleo. Expresa lo sublime en lo pedestre (44). La renuncia es verdadera, no interesado intercambio, y la renuncia es total: cualquier endurecimiento carece de valor para la eternidad (45).

FUENTES UTILIZADAS

A) San Ignacio de Loyola:

Ej — Ejercicios espirituales

B) Søren Kierkegaard: (Los pseudónimos respectivos van entre paréntesis)

DSC, rst — Rastros de sombras (por el Joven esteta). Es un capítulo del libro La Decisión, o como otros traducen: La Alternativa (editado por Victor Eremita), 1843.

DSC, Eq — Equilibrio de estética y ética en la formación de la personalidad (Por el joven casado). Es otro capítulo del ya citado La Decisión.

TT — Temor y Temblor (por Juan del Silencio), 1843.

RCP — La Recuperación, o como otros traducen: La Repetición (por Constantin Constantius), 1843.

ANG — La Angustia (por Vigilius Haufniensis), 1844.

CULP — ¿Culpable, o no culpable? (por Frater Taciturnus). Es un capítulo del libro Estadios en el Camino de la Vida (editado por el encuadernador Hilario), 1845.

Postscr	Postscriptum final, acientífico, al libro Las Migajas Filosóficas (por Juan Clímaco), 1846.
DSP	La Enfermedad Mortal, o Desesperación (por Anticlímaco), 1847.
Ejer Cr	Ejercicios espirituales de cristianismo, o como otros traducen: Ejercitación del cristianismo (por Anticlímaco), 1850.
Papirer	Papeles Póstumos (Cuanto Kierkegaard escribió, a modo de diario, y que no publicó).

Advertencias

1ª Los escritos de Kierkegaard se pueden catalogar grosso modo así:

a) Libros pseudónimos. Kierkegaard mismo los publicó, en vida, bajo pseudónimo, y pide que nada de lo que ahí se diga se le atribuya a él. Son los libros considerados filosóficos.

b) Discursos edificantes. Kierkegaard mismo los publicó, en vida, con su propio nombre. Advierte que cuanto ahí se dice ha de atribuírse a lo que él quiso decir personalmente.

c) Papeles póstumos.

2ª En principio, Kierkegaard no quiso hacer filosofía. De hecho hizo filosofía, quizás a su pesar. Parece que sus libros preferidos fueron los Discursos edificantes. En todo caso es un autor muy espiritual.

3ª En este trabajo usé sólo algunos de los libros pseudónimos, ie, los filosóficos, y muy ocasionalmente los póstumos.

Notas

(1) Ej 1.
(2) DSP I, Lib. 1º, A. Cf. DSC, Eq, y ANG.

(3) Ej 21 (título).
(4) Ej 210-217.
(5) Vida positiva, ir subiendo, mejorando, etc. -y sus contrarios- tienen como referencia el camino que es Jesús. Cf. Conferencias de Mario López Barrio (Xipe-Totek I.1) y de Víctor Verdín (en este número I.2).
(6) Ej 314, 315, 329, 331, 332, 335.
(7) Ej 323.
(8) CULP, Diario, 28 abril a.m.
(9) TT, Elogio de Abraham.
(10) Este doble estilo divino -lo suave y lo terrible- puede apreciarse en el film Gritos y Susurros. Los susurros divinos pueden ser más terribles que los alaridos.
(11) Ejer Cr 3ªp, I.
(12) DSP I, Lib. 2º.
(13) CULP, Diario, 3 enero a.m.
(14) Postscr 2ª p, 2ª sec, IV, A 2.
(15) Ej 55-61, 74, 79, 20.
(16) ANG V.
(17) Ib.
(18) CULP, Carta, III y V.
(19) Cf. DSP, Prefacio.
(20) DSC, Eq. Cf. la pregunta socrática, si el hombre virtuoso ha de tener todas las virtudes, o si puede ser llamado virtuoso sólo en una línea.
(21) ANG III,3. Cf. Jn. 8, 26ss: El que me envió, el Padre, es la Verdad ... La verdad los hará libres ... El que comete el pecado es esclavo del pecado ... Si el Hijo los hace libres, ustedes serán realmente libres.
(22) De lib. arb. 1,10,20; 1,13,29; 1,16,35; 2,14,37; 3,18,52. De duab. anim. 11,15 Ench 9,30.
(23) DSP I, Lib. 2º.
(24) Ej 65 ss.
(25) Ej 330.
(26) Papirer I A 161, abril 1836 (23).
(27) Ib. II A 730, abril 1838 (25).
(28) Ib. II 228, 19 mayo 1838, 10.30 hrs.
(29) ANG III, 3.
(30) Postscr 2ªp, 2ª sec, IV, A 2.
(31) Ej 326.
(32) DSP I, Lib. 3º B, b1, ii.
(33) DSP I, Lib. 3º B, b 2.

(34) ANG IV, 2.
(35) Ej 318-319.
(36) Ej 327.
(37) Ej 329, 332. Cf. 333-334.
(38) CULP, Carta, V.
(39) ANG IV, 1 a.
(40) Ejer Cr 3ªp, V.
(41) Postscr 2ª p, 2ª sec, IV, A 2.
(42) DSC, rst.
(43) RCP.
(44) TT, Efusión preliminar. San Agustín, en La Ciudad de Dios considera que no es posible distinguir a los miembros de la Ciudad de Dios, y de la Ciudad Terrestre.
(45) Postscr 2ª p, 2ª sec, IV, A 1. Tanto en TT como en Postscr se habla de la relación absoluta del hombre para con Dios. Este punto nos recuerda el Principio y fundamento ignaciano (Ej 23). Y la recuperación kierkegaardiana no deja de recordarnos la Contemplación para alcanzar amor (Ej 230-237).

Debate

1.- Se entrega uno de lleno a la angustia, y eso en la soledad. ¿Qué diferencia -y diferencia experimental- se da con la estrategia del mal espíritu que consiste en querer ocultarse?

JORGE. Dijimos que Kierkegaard, queriendo acercarse cuanto pueda a la explicación del pecado, pues considera que el pecado, en cuanto salto cualitativo de la libertad es inexplicable, dice que el estado de alma inmediatamente anterior al pecado es la angustia. ¿Qué es lo que origina la angustia? La nada. El caso típico es el de Adán, que tiene todas las posibilidades ante sí puesto que es libre, tiene un porvenir, una tarea; pero él no sabe ni siquiera qué significan estas palabras, no tiene ninguna experiencia de ello. Por eso se dice que tiene ante sí un vacío, la nada. ¿Qué pasa con alguien que estando arriba de un precipicio o de elevado rascacielos se asoma y ve el vacío, la nada? Siente vértigo, un vértigo que en sí mismo es ambiguo, pues uno lo ama y lo teme. Tal es el caso de la angustia. En este vértigo o angustia el hombre cae; notemos: en este vértigo, y no por ese vértigo. Al levantarse, ve Adán que es culpable, pero no puede descargar la culpa sobre la justicia, como si así explicara el pecado, o se justificara. El pecado es un acto libre, y es una realidad injustificada. Tal es el caso de Adán, y tal es el caso nuestro, pues también en nosotros es la nada la que engendra la angustia. Ya tenemos experiencia de lo que significa lo posible, la libertad, el futuro; pero cada vez son estos términos para nosotros, ya aquí y ahora en concreto, un no-ser, una nada.

Ya en el caso de la gente que ha pecado, la angustia se vuelve a presentar, desde luego ante la posibilidad de un nuevo pecado, -angustia ante el mal-, pero también ante la posibilidad de que yo, por un acto libre, salga del pecado -angustia ante el bien. Esto es, la angustia es ambigua; puede ser utilizada por el buen espíritu o por el malo. En el plano del discernimiento -no repito ahora las reglas- suponemos que es el buen espíritu el que está en acción; entregarme entonces a la angustia es entregarme a la acción del buen espíritu; notemos que es una entrega en la fe; en ese caso la angustia está a mi servicio, por dolorosa que pueda resultar su intervención, a manera de dolorosa inter-

vención quirúrgica que revisa todos los rincones, y que dejará limpia toda la casa. Notemos que este evento no es automático; el acto de fe es también un acto libre. Además, si es verdad que con la fe queda la angustia a mi servicio, pero la angustia es mañosa; es posible que yo me rehúse a la fe; y entonces, por un lado la angustia me tiene agarrado con su mano helada -como el Comendador a Don Juan-, mientras con la otra gesticula con todos sus engaños y retóricas. Es posible entonces que yo no permita la limpieza de toda la casa; que deje rincones sin escudriñar, que me contente con una limpieza muy superficial -como el estudiante o el célibe que se contenta con pasar rápido el plumero, en dos segundos por aquí o por allá. Puede darse también que yo, presa de la angustia, me rehúse de plano a toda revisión, y use de todas mis habilidades para evitar la intervención de que hablábamos, como Ricardo III, que mandó a la banda militar, tocar a todo lo que dieran los tambores y los clarines, para no oír las maldiciones de su madre.

En resumen, y yendo directo a la pregunta: va de soledad a soledad, y el mismo Kierkegaard las distingue en su libro sobre la **angustia**. Dice que la libertad es de suyo comunicativa y expansiva; pero que en ocasiones la soledad puede indicar la más alta libertad, cuando va dirigida al bien; es el caso de quien vimos que se retira para concentrarse en la tarea purificatoria que restablezca la armonía; podríamos decir de él que está solo, pero en realidad muy acompañado en su interior. La otra soledad, la demoníaca, no se encierra con algo que la acompañe, sino que se encierra sola. El mal, que es la no-libertad, se hace prisionero de sí mismo.

2.- Quisiera que se aclarara más el concepto de equilibrio en Kierkegaard. Una vez roto, ¿hay fuerzas más o menos automáticas que lo restablezcan, o una vez roto ya no hay nada que lo pueda restablecer? Pregunto también si en esta lucha de contrarios sería posible la síntesis de los dos.

JORGE. Me refiero primero a la pregunta sobre el equilibrio. Considero que un término que puedo usar en lugar de equilibrio es el de armonía. En el esquema kierkegaardiano vemos que el hombre es alma y cuerpo. Que es bueno el que alma y cuerpo estén en equilibrio entre sí, o en armonía ya lo habían señalado los antiguos; conocemos el efato famoso "mente sana en cuerpo sano". Si comí algo que me hizo daño, ya mi cuerpo está mal, el equilibrio o armonía está roto, lo cual repercute en mi alma, o mente: ya no puedo, por ejemplo estudiar bien. El ideal es que mi cuerpo esté sano.

Igualmente, supongamos que es mi alma la que está mal, sea por algo que sucedió de pronto, como una decepción amorosa, y la armonía se rompe pues entro en gran depresión; y eso puede aun repercutir en mi cuerpo, que también se enferma; sea por alguna perturbación psíquica más o menos permanente: el equilibrio queda roto, y eso puede hacer también que disminuya el rendimiento de mi cuerpo. Yo haría esa aclaración, teniendo en cuenta que equilibrio y armonía son de esos términos que siendo claros, son difíciles de definir, o de explicar con palabras más claras.

Todavía en la línea misma del equilibrio, vemos en el esquema kierkegaardiano que la relación alma cuerpo en cuanto se relaciona consigo misma es el espíritu. Esta sería la síntesis que constituye al hombre como tal. Y así, por una parte se relaciona con Dios; por otra parte con los demás hombres y con el universo. Es bueno para el hombre que esas relaciones se mantengan entre sí en equilibrio o armonía. Supongamos un hombre a quien sólo le interesa juntar millones, uno de esos que va como pordiosero y que si ve tirada en la calle una escoba rota y vieja, la recoge pensando de los demás: "¡qué gente tan desaprovechada!" El es archirico, pero nunca disfruta de lo que tiene, ni se preocupa de los demás -ni siquiera les da los buenos días, con tal de no dar nada. Me parece claro que ahí hay un fuerte desequilibrio. Por el lado contrario pensemos en una persona demasiado espiritual -notemos el término: demasiado-, que ayuna y ayuna por encima de sus fuerzas físicas. (Ayunar de vez en cuando es sano aun para el cuerpo; y los médicos lo recomiendan bajo el nombre de dieta. Si se me da licencia de una anécdota personal: estando con unos amigos me invitaban a cenar, pero yo no deseaba cenar, y ante su insistencia les dije que por ser cuaresma estaba yo ayunando; me dijeron que yo era un anticuado, que ya no estábamos en el Medievo. Días después se repitió la escena con otros amigos; sólo que entonces respondí que hacía yo dieta para adelgazar; me dijjeron con gusto y asombro que yo era muy moderno). Volviendo a la persona que ayudaba por encima de sus propias fuerzas; se debilita de tal manera que ya no puede trabajar, y aun a lo mejor se enferma. Me parece claro que ahí hay un desequilibrio, o desarmonía, o exceso; quizá cierta vanidad por romper records de ayuno.

Segundo, respondo a la pregunta de si hay fuerzas más o menos automáticas que restablezcan el equilibrio. Yo diría que en el orden corporal sí, un sí ayudado por el *más o menos*, y es que el cuerpo humano es maravilloso; y en principio es el cuerpo el que se cura; aunque muchas veces necesite la ayuda de médicos o naturistas. Lo mismo diríamos en el caso de la psiqué, aunque

también a veces requiera la ayuda del psicólogo o del psiquiatra. Pero ya no daría la misma respuesta en el orden del espíritu. A veces **podrá dar la impresión** de que sí, cuando una persona tiene fuertes recursos espirituales, y si no es muy fuerte el desequilibrio; pero estrictamente **no** hay fuerzas más o menos automáticas que restablezcan el equilibrio; podrá ayudar el sacerdote; pero en el fondo se requiere siempre el acto libre. Donde hay automatismo ya no hay libertad.

En tercer lugar respondo a la pregunta de si es posible hacer una síntesis de las mociones del buen y del mal espíritu -me pareció que esa era la pregunta.

Comienzo con un ejemplo. En la tercera conferencia definí lo diabólico, aun al diablo mismo como la opresión. Y podemos considerar la opresión como un término de la vida diaria, un término terrestre, mundano, y aun si se quiere filosófico. Sólo que ese término tiene una contraparte espiritual, de la que hablé ampliamente en esa memorable noche tan movimentada la de la tercera conferencia de este ciclo, en la que mis objetantes ni se fijaron, porque no les convenía. En lenguaje espiritual, o aspecto positivo o el bien, era la liberación; y ésta consistía en seguir el camino que es Jesús. El conferencista de ayer, Víctor Verdín, subrayó ese punto. Algo parecido diría yo del equilibrio o armonía, que de salida es un término de la vida diaria, un término terrestre, mundano, y aun si se quiere filosófico, pero que tiene su equivalente espiritual religioso, que yo repondría igualmente en seguir el camino que es Jesús. En este sentido no puede haber una síntesis del bueno y del mal espíritu. Quizás, si soy muy astuto, puedo sacar provecho, como se hace en una guerra, de las tácticas y mociones del mal espíritu; pero será para realizar el bien, no para llegar a una componenda, pues aquí, parece obvio, no se puede realizar una síntesis en el sentido fuerte de la palabra.

3.- ¿Por qué en el hombre estético no hay pecado? Al menos parece que no se ha mencionado.

JORGE. Recordemos que hay muchas maneras de vivir estéticamente. Al nivel en que estamos esta noche, yo diría que, desde el punto de vista kierkegaardiano, toda manera de vivir estética es un desequilibrio o desarmonía -del orden espiritual, y eso es, en principio, pecado. Kierkegaard tiene palabras muy fuertes al dar la calificación moral de Juan el Seductor. Es probable que nosotros no llamemos pecado a toda manera estética de vivir, al

menos no a **toda** expresión de la llamada manera estética de vivir. San Ignacio diría que algunos viven en pecado y que tienen sus operaciones en desorden (notemos la semejanza de términos: desequilibrio, desorden); pero quizá diría que en todo caso, aun no habiendo pecado, hay desorden de operaciones. Resumiendo lo dicho hasta aquí: la manera de vivir estética puede ser, o es muchas veces, técnicamente, pecado; ciertamente no lo excluye.

Sin embargo, dijimos que el hombre **ético**, si vuelve a vivir bajo las categorías estéticas, propiamente no regresa a la vida estética, sino que viene a dar a una etapa llamada pecado. No que el estético no peque, sino que el ético tiene ya una conciencia más profunda. Yo diría tal vez que su pecado es más profundo.

El hombre estético, al menos en algunos casos, puede estar en una ingenuidad respecto del mal moral, que ni se da cuenta de nada, o tiene poca conciencia; simplemente vive haciendo lo que se le ocurre; digamos que su ignorancia no es culpable. Claro, habrá casos en que su ignorancia sea crasa o culpable. En cambio el hombre ético ya tiene conciencia de lo que son las cosas, y tuvo su caída a ciencia y conciencia.

4.- ¿El estadio de pecado y el estadio demoníaco son como las dos partes de una balanza, son estadios diversos, o son concomitantes?

JORGE. La idea de balanza fue quizá sugerida por la simetría de la figura que utilicé; pero lo humano no se expresa así; se trata más bien de diferentes maneras de existir. Aquí lo que hemos llamado estadio o etapa de pecado, es técnicamente pecado. En cambio lo que hemos llamado estadio o etapa demoníaca puede ser pecado, pero no necesariamente. Quizá distraiga la expresión kierkegaardiana, que estuve a punto de evitar para utilizar solamente la ignaciana *víctima del mal espíritu*. Se puede ser víctima del mal espíritu de muchas maneras, pero menciono sólo dos: una, cayendo directamente en pecado; otra no, pero yendo a dar, como en el experimento del Hermano Taciturno, a una cavilación pendular. Aquí técnicamente no se trata de pecado, pero no se avanza. Uno podrá realizar las tareas cotidianas como cumplir con el trabajo, comer, dormir, ir al teatro, pero la energía espiritual, en vez de ser empleada para realizar el bien, se desperdicia en una cavilación agotante.

5.- ¿La misma persona va pasando de una etapa a otra? Lo cómico, la ironía y el humor se pueden conjugar en una sola persona, o son diversas etapas en la vida por las que uno pasa?

JORGE. Pueden darse muchos casos. Una persona puede pasar por todas las etapas a lo largo de la vida. Pero los pasos no son automáticos. Otra persona puede, por ejemplo, quedarse siempre en la etapa estética. Pienso que teóricamente sería posible el caso de alguien que ya de pronto comenzara en el estadio ético (¿Abraham?), o en el religioso (¿La Virgen María?). Otro caso sería el del ético que va a dar en el estadio pecado, pero que luego regresa al ético, y que después es llamado al religioso; entonces aquí tal vez no llegue, sino que encalla en lo demoníaco; finalmente logra superar las artimañas del mal espíritu, y llega a lo religioso.

Respecto de lo cómico, o la risa, es algo tan humano que atraviesa todas las etapas, y se encuentra, desde luego, ya en la etapa estética. Kierkegaard llama ironía a la manifestación de lo cómico en el hombre ético; y humor a la manifestación de lo cómico en el hombre religioso. Ironía y humor son categorías fuertes en Kierkegaard. No es el momento de ir a los pormenores, y eso nos alargaría. La ironía se da en todo hombre ético; pero también es una categoría aparte, a medias entre el estético y el ético; en sí misma es ya una elevación sobre la etapa estética -pensemos en el estético que ironiza sobre sí mismo, pero ella sola por supuesto no basta para constituírlo a uno en la etapa ética. Algo semejante sucede con el humor. El humor en sí mismo es ya elevación sobre la etapa ética, pero por sí mismo no alcanza para situarlo a uno en la etapa religiosa. El Hermano Taciturno se considera precisamente un humorista: él sabe lo que es menester para llegar a la manera religiosa de vivir, pero él no llega; no realiza el salto a la etapa religiosa, pero no la desprecia, al contrario, sabe lo maravilloso que sería llegar ahí; entonces se ve a sí mismo con humor. Eso sí, el hombre que ha llegado a la etapa religiosa también se ve a sí mismo y a los diversos eventos, con humor; y así es capaz de ver con humor lo que puede hacer temblar o encanecer a un esteta. De hecho el humor le sirve de incógnito al religioso. Comenta Kierkegaard que dos hombres religiosos -irreconocibles de suyo, por que ninguna señal externa los anuncia- pueden sospecharse uno al otro de ser religiosos a causa de la resonancia humorística entre ellos.

6.- Tras un examen de conciencia en que se ha sacado todo, ¿conviene comu-

nicar todo a otra persona, y el ideal sería un sacerdote?

Tanto en Ignacio como en Kierkegaard parece que ayuda el hablar con una persona experimentada. Pero no todos los sacerdores somos experimentados, al menos no en todas las líneas. Yo no seré tan malo para dar clases y hacer esquemas claros sobre discernimiento de espíritus y otras cosas, pero ya en el caso concreto de una persona, quizás me enredo y la enredo al tratar de ver si esta moción es del buen espíritu o del malo. En cambio puede haber confesores que de teoría no saben nada; o si saben algo, no lo pueden explicar, o lo explican nebulosamente, y que sin embargo son maravillosos en la práctica de acompañar a otros en el discernimiento concreto. En este punto no es tampoco necesario, me parece, que se trate de un sacerdote. El confidente puede ser un amigo, o amiga que tengan sentido espiritual de estas cosas.

7. Supongamos que ya me vi como un mostruo; que recorrí todos los escondrijos de mi alma, que ya hice mi discernimiento ayudada por una persona de experiencia, y que ya cambié. ¿Basta? ¿En qué se benefician las personas a quienes dañé antes? ¿Basta con mi propio cambio, el que me beneficia a mí, y no a mis víctimas?

JORGE. El hecho de que yo mismo mejore ya es bueno para los demás. Cuando nos comportamos mal y mal estamos contribuyendo al aumento del smog espiritual, más terrible que el material. Supongamos un ejemplo sencillo, que siempre voy de mala cara, ceñudo, sin saludar a nadie. Hay una gran diferencia en el ambiente que los demás respiran si sonrío y me muestro contento y amigable. De manera que el propio cambio ya es un beneficio para los demás. ¿Basta? La respuesta queda clara si realmente revisé todos mis rincones interiores. Supongamos que he robado, asesinado, calumniado. Es claro que lo que llamamos mi conversión implica el que restituya en toda la medida en que me sea posible.

8.- ¿Por qué no usa usted la palabra demonio, sino que dice mal espíritu, y argucias del mal espíritu? También pregunto: ¿Quién es ese espíritu del mal tan potente que nunca lo podremos vencer?

JORGE. Usé la palabra mal espíritu, porque san Ignacio la usa mucho;

además era práctico, pues veíamos las estrategias de los espíritus, y resultaba cómodo aludir al buen o al mal espíritu; pero varias veces usé también, en esta charla, la palabra diablo o demonio.

El buen espíritu es, evidentemente Dios; pero notemos que en realidad no experimentamos directamente a Dios -estaríamos ya en la gloria, en el Paraíso- sino que experimentamos lo que llamamos sus mociones, o gracias, o dones de El.

Presiento que la pregunta tiene un transfondo que no quiero eludir. Subrayo que el tema de hoy es muy diverso al de la tercera conferencia. Hoy tratamos el tema *Tácticas del mal espíritu (o diablo)*. En la tercera conferencia, *"¿Quién o qué cosa es exactamente ese mal espíritu (o diablo)?"* En esa tercera conferencia, di una respuesta, ateniéndome al Magisterio de la Iglesia, en tres niveles diversos:

a) ¿Existe el diablo como un ser espiritual que intenta apartarnos del camino que es Jesús? Sí. b) ¿El diablo es un ser de tipo personal? Sí. c) ¿El diablo es un ser personal **totalmente diverso del hombre?** Sí.

Esto es, a las tres preguntas respondí que sí; pero la fuerza de cada sí fue muy diversa. El más fuerte fue el primero. El siguiente en fuerza fue el segundo sí. El de menos fuerza fue el tercer sí, pues le di solamente la fuerza de probable, considerando probable otra respuesta: que el diablo fuera un ser espiritual, de tipo personal, que intenta apartarnos del camino que es Jesús, pero quizá no totalmente diverso del hombre, sino que fuera una componente del hombre, componente suprahumana por una parte, y sin embargo muy humana.

EL NEGOCIO DE LOS ILEGALES. GANANCIA PARA QUIEN!

de Juan Luis Orozco, S.J.

Aparece el 15 de mayo, 1992.
Edic. Agata. Iteso. Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, A.C.

Recensión por Jean Revel-Mouroz
Director de Investigación del CNRS: Director del CREDAL;
Profesor en París III, Universidad de la Sorbona.

Esta obra es fruto de la tesis de doctorado de Juan Luis Orozco -dirigida por el Sr. Jacques Chonchol-, presentada en julio de 1990 en la Universidad de la Sorbona, París III.

La introducción presenta los objetivos del trabajo (analizar las razones y las consecuencias de la emigración ilegal hacia los Estados Unidos de los pobladores de los Altos de Jalisco, y proponer soluciones que reduzcan o hagan más eficaz esta migración), la metodología (situarse entre el acercamiento teórico macro y el estudio micro-regional), la elección de los municipios y comunidades estudiadas, y, muy brevemente, la organización del libro.

Este comprende dos partes:

La primera: "El cuadro histórico y socioeconómico". En cinco sucesivos capítulos se presentan la región de los Altos de Jalisco (aspectos geográficos, económicos, culturales); su historia (con la evolución de los modos de producción y la consolidación de la pequeña propiedad en el marco de una reforma agraria inconclusa); las actividades de los Altos de Jalisco (agricultura, ganadería, industria, artesanía) y, más detenidamente, la tipología económica de los núcleos familiares; el fenómeno de la emigración (visión general y principales aspectos de la emigración hacia los Estados Unidos), y, en fin, los tres municipios estudiados directamente (Zapotlanejo, Lagos de Moreno y Arandas).

La segunda: "Tres comunidades en los Altos de Jalisco: su realidad y su emigración hacia los Estados Unidos". Esta parte comprende también cinco capítulos: sobre las ciudades estudiadas; los factores que favorecen la emigración (fecundidad, factor educativo, factor económico, factor de marginalidad-integración); el papel determinante del programa de los braceros en la estructura de la emigración y la creación del fenómeno institucional; sobre el perfil del emigrante (características socio-económicas de los emigrantes de las comunidades estudiadas en relación con el perfil presentado en otras investigaciones), y, a manera de conclusión,

una tipología de la emigración y sus efectos, con algunos elementos como proposición de soluciones.

La organización tan coherente de esta obra permite ver la articulación entre los niveles macro y micro del análisis. El lugar dado al estudio sobre el campo (exhaustivo en las tres comunidades elegidas) refleja lo cuidadoso y serio de este trabajo, realmente fundado en la producción personal de nuevos aportes.

El tema de la emigración ilegal a los Estados Unidos llena ya ficheros enteros en las bibliotecas, pero el libro de Juan Luis Orozco aporta realmente nuevas luces y se convierte así en una obra excepcional.

El autor conoce lo esencial de la literatura sobre el tema, la aprovecha, la critica, y resitúa en este marco su propia visión, apoyada en estudios concretos realizados durante años en el seno mismo de las comunidades de que trata.

Entre los aportes del autor, al comienzo mismo de esta investigación, se encuentra el fino análisis de los diferentes comportamientos comunitarios, que van desde el rechazo a la emigración hacia el extranjero, como estrategia de sobrevivencia, hasta la emigración como estrategia para la elevación del nivel de vida y la emigración como estrategia para la elevación del nivel de producción y de trabajo.

Verificar que la diversificación de las actividades y la disponibilidad de servicios sociales limitan la propensión a la emigración, sirve para trazar las líneas de una política económica y social en esta materia. El análisis crítico de las propuestas de los investigadores e instituciones, tanto norteamericanos como mexicanos, para limitar la inmigración ilegal, permite tener una síntesis del problema tras la aplicación de la nueva legislación migratoria de los Estados Unidos.

La reflexión del autor termina con una revisión del concepto de desarrollo, con que insiste sobre la "movilización eficaz de los recursos" y desemboca en la identificación de tres escenarios: inercia y emigración; creación de fuentes de trabajo salariado regional; organización de los productores.

Tengo la seguridad de que esta investigación figurará entre las obras de referencia para los especialistas norteamericanos y mexicanos en la materia, lo cual no hará sino contribuir al prestigio de las investigaciones y tesis elaboradas, como este libro, en Francia.

Jean Revel-Mouroz